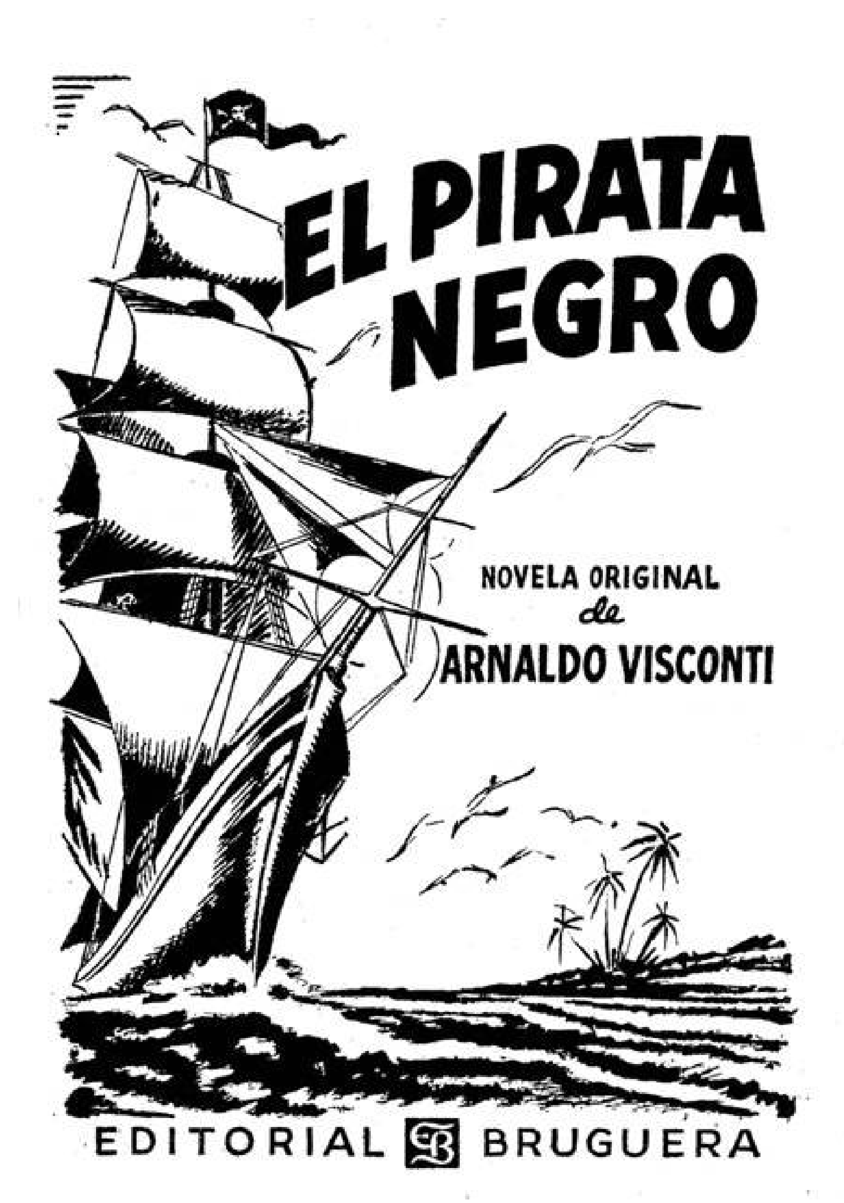
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE
UN EPISODI
COMPLE

por ARNALDO VISCONTI

3'50
PTAS

LOS MONTAÑEROS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL
BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Los Montañeros

Colección El Pirata Negro n.° 82

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


LOS
MONTAÑEROS

CAPÍTULO PRIMERO

La muerte errante

Siguiendo el curso del río Ucayali hacia el norte, y en la zona peruana engarzada entre Colombia al norte, Brasil al este y Ecuador al oeste, el terreno hasta entonces llano, va agrietándose para ceder paso al caudaloso río.

Los desfiladeros se suceden hasta las estribaciones del alto Diadema, la montaña dominante en aquella comarca despoblada que en la cartografía del primer cuarto de siglo XVIII recibía el nombre de Quebrada.

El sol no llegaba muchas veces hasta aquellas hondonadas y los helechos arborescentes respiraban la humedad del aire. La tierra olía a "humus" y las aguas mugían precipitándose rápidas hacia el valle, y por el cielo azul cobalto planeaban grandes aves de presa.

Los desfiladeros iban haciéndose más angostos a medida que se ascendía hacia el norte y el sendero trepaba por los flancos, abandonando el lecho del río.

Dominando aquel soberbio panorama se dibujaban en el nítido horizonte los dos cuernos del Diadema, que se yerguen a dos mil doscientos metros y cuyo centro lo formaba un pavoroso precipicio en el que formando una cascada de una cincuentena de metros se vertían las aguas del Ucayali.

Aquella grandiosidad de la Naturaleza hubiera extasiado al más reacio a las bellezas, porque en La Quebrada, diáfano el aire, límpido el ambiente y de un verde claro la vegetación, todo parecía cantar la alegría de vivir.

Pero la caravana de jinetes, que avanzaba a lo largo de los altos desfiladeros, en dirección hacia el monte Diadema, no presentaba en el aspecto de sus componentes el menor indicio de éxtasis ante el

magnífico e indescriptible paisaje por el que atravesaban.

No era cansancio lo que les hacía insensibles, ya que se mantenían erguidos y bien sentados en las monturas, sobre cuyos arzones se entrecruzaban un mosquetón y una larga lanza

Para una mente ultrasensitiva de las que captan sensaciones inexistentes para el vulgar entendimiento, aquellas largas filas de jinetes tenía algo de tétrico.

Sería la hosquedad de los semblantes, la mayor parte de los cuales, reflejaba una indiferencia especial. Ésta indiferencia que se percibe en los rostros de los seres infrahumanos para los cuales el crimen es la principal pasión que esculpe en los rasgos faciales una estólida dureza implacable.

La caravana de jinetes dividíase en cuatro grupos, aproximadamente de un centenar por grupo. Viajaban distanciados entre grupos por un intervalo de media legua o más si el terreno lo permitía.

Al frente de cada grupo y a unos treinta pasos, cabalgaba un hombre solo.

Si desde lo alto de los cercanos picachos del Diadema, un observador hubiera estado acechando el avance de la caravana, habría visto que los cuatro escuadrones tenían un modo peculiar de avanzar.

Estratégicamente conceptuado aquel avance podía calificarse de “marcha en rombo”, significando con ello que los cuatro escuadrones trazaban una figura geométrica, donde dos escuadrones cubrían los flancos izquierdo y oeste, otro la retaguardia y el último en avanzadilla iba como explorando.

Y donde el militar habría visto “marcha en rombo”, un marino habría dicho; “convoy de protección”, donde los cuatro escuadrones si fueran naves cubrían los cuatro puntos cardinales para proteger en su centro naves de valioso cargamento.

No obstante en el amplio espacio formado entre los cuatro escuadrones, no se veía nada que mereciera aquella vigilancia. Tan sólo un jinete de cuyo cuello y pecho el sol arrancaba destellos al chocar contra la larga cadena de eslabones de oro del que pendía un ancho silbato.

No era un ejército porque no se veían uniformes. Ni era una caravana pacífica de colonizadores, porque no había ni mujeres ni

carretas. Cada jinete llevaba a la grupa un hato y una cantimplora.

Aquella caravana estaba compuesta por Los Montañeros. “La muerte errante” los apodaban cuantos después de una tormenta o un terremoto contemplaban las cenizas de un poblado o las ruinas de una señorial mansión, donde no quedaba un solo superviviente.

Eran los Montañeros. Los jinetes errantes que eligiendo parajes desiertos para su marcha hacia el norte, en continuo desplazamiento donde las etapas se señalaban con jalones de crímenes horrendos, habían aparecido diez años antes en tierras del extremo sur, avanzando desde las Tierras del Fuego, siguiendo generalmente los cursos de los ríos del interior, y acampando en alta montaña desde la cual fuera fácil la rápida incursión devastadora, cuando aparecían los primeros síntomas de tormenta o de los frecuentes terremotos.

Poquísimos eran los que podían hablar de aquella asociación de criminales. Se sabía que tenían por jefe a Marcos Cortezo, un mestizo, encarnación del mal, que sembraba el daño con indiferencia y torturaba por inercia. Era un cabecilla de bestias malvadas a las que imponía un sagrado temor casi animal.

Marcos Cortezo, el hombre del silbato de oro, que iba solitario en el centro de los cuatro escuadrones, era más bien pequeño, de anchas y poderosas espaldas, y en su rostro vulgar destacaba la prominencia de sus mandíbulas.

Se le atribuían cualidades de brujería y pacto con el demonio, supersticiones que por aquellos tiempos de credulidad nadie ponía en duda, ilustrando a los que no estaban muy convencidos de que ningún ser humano poseía milagreras dotes, con abundancia de narraciones.

Lo cierto era que Marcos Cortezo mandaba en cuatrocientos veinte hombres, y mandaba con un despotismo tiránico que nadie osaba desobedecer.

Circulaba el rumor entre los propios Montañeros más antiguos, que aquella asociación nació gracias a Sat-Song, un hijo del celeste imperio, un oriental de alta talla, ojos almendrados y piel olivácea que no se distinguía mucho de la tez de los mestizas chilenos en su mayor parte que formaban el grueso de las fuerzas de Montañeros.

Fué al parecer Sat-Song el que creó cuatro grupos de unos veinte hombres cada uno y al frente del cual puso un lugarteniente, que al

tener por misión en avance y en campamento, guardar, defender y atacar por uno de los puntos cardinales, recibió el nombre del punto cardinal que le correspondía.

¿Por qué extraño misterio el oriental de ser jefe único pasó a ser un lugarteniente, el de grupo este? ¿Por qué era Marcos Cortezo el jefe supremo? Poderes milagrosos, afirmaban los mestizos, que habían vencido las innegables cualidades también milagrosas de Sat-Song, el “hombre-estatua”.

También los otros tres tenientes eran cada uno a su modo, de idiosincrasia especial.

Austral, el teniente que cubría la retaguardia, era un mestizo chileno de largas trenzas, frente abombada y labios gruesos, en cuyas dos comisuras los incisivos salientes parecían corvos colmillos de jabalí.

Septentrión, el segundo que acaudillaba el grupo de avanzadilla, era un coloso rubio de ojos grises. Un noruego vikingo, naufragado en la Tierra del Fuego hacía quince años. Llamábase en realidad Olaf Bjordom, y decíase de él que podía beber un barril entero de licor sin perder la verticalidad.

Occidente, el segundo que avanzaba y atacaba por el flanco oeste, era un francés de genealogía entreverada.

Alto, encorvado, de ojos hundidos profundamente en sus cuencas, frente arrugada, y con dos hondos surcos que formaban triángulo al unir la base de su irregular nariz con las comisuras de su boca delgada, Pierre Brigand era mirado de reojo por todos los mestizos Montañeros.

Le miraban con recelo, desde que tres años antes en la ciudad de Valleparaíso y con ocasión de asaltar la morada de un rico hombre donde se verificaba un baile que reunía a la mejor sociedad, la célebre y hermosa condesa Samaniego no había seguido la suerte de todos los demás concurrentes que al amanecer estaban muertos.

Pierre Brigand había logrado algo inaudito, algo que violaba por entero las normas impuestas por Marcos Cortezo. Pierre Brigand, no se sabe por qué artes, había obtenido del jefe absoluto de los Montañeros, que Teresa de Samaniego, la bellísima chilena, de fama de virtud y honestidad irreprochables, fuera ya no maltratada, sino que formara parte de la caravana de “La muerte errante”.

Vestía ropas masculinas y no se separaba nunca de Pierre

Brigand. Unos decían que era su hermana; hecho que por rareza de carácter en Marcos Cortezo había valido a la bella condesa su salvación.

Basábanse en que siempre al dirigirse a la hermosa, Pierre Brigand la llamaba “hermana”. Pero otros que habían acompañado al francés en sus esporádicas francachelas, aseguraban que Brigand llamaba “hermana” a cuantas mujeres trataba.

Varios hombres habían hallado la muerte al pretender cortejar a la bella chilena, que parecía siempre estar muy lejos de donde se encontraba como si no viera cuanto la rodeaba.

Y las opiniones coincidían en dos puntos: Pierre Brigand era un luchador desleal, que vencía no por superioridad física, sino por tretas y artimañas imprevisibles. Teresa era una “sonámbula”, modismo con el cual los mestizos chilenos pretendían definir a la persona que no poseía el entero dominio de sus facultades mentales.

Y lo que ya colmaba el asombro de los bestiales piratas de tierra, era el hecho de que Pierre Brigand, que había dado muerte a varios montañeros que intentaron cortejar a la “sonámbula”, no tuviera nunca para ella el menor gesto pasional.

La caravana de jinetes se dirigía ahora a acampar en los altos del Diadema. Llegaron a media tarde.

Cada escuadrón ocupó en las frías alturas la posición cardinal que le correspondía. Y del centro del rombo formado por caballos atados por grupos, y de jinetes que sentados en cuclillas comían la cecina que en sus hatos aprovisionaban, surgió un prolongado silbido estridente, repetido por cuatro veces.

Marcos Cortezo, el solitario, llamaba a sus cuatro tenientes. Llegó el primero Sat-Song, cuyos únicos detalles orientales, eran tal vez el hermetismo de su rostro ovalado de puntiaguda barbilla y ancha frente, y las babuchas de gruesa suela de corcho que calzaba.

Sat-Song, el “hombre estatua”. Después acercóse Chano Sáez, Austral, el mestizo chileno, pringosas de aceite las largas trenzas, lacrimosos los ojos enfermos de fumar mal tabaco en cortas pipas de arcilla.

Pisando recio, pesadamente, vino Olaf Bjordom, el noruego, de grises ojos crueles, claros cabellos rubios y musculatura ciclópea.

Mirando al suelo como acostumbraba, Pierre Brigand, encorvada la alta talla, sin prisas, se detuvo.

Los cuatro hombres ocupaban a tres, pasos de distancia de Marcos Cortezo, el punto cardinal que les correspondía.

¿Eran las frías pupilas de Marcos Cortezo, que expresaban inexorable desprecio y torva indiferencia, las que le concedían su autoridad misteriosamente indiscutida?

¿Era su voz tajante, imperiosa? ¿Era un indefinible fluido que emanaba de su personalidad velluda y primitiva?

Lo cierto era que sus cuatro tenientes, aun el impasible "hombre-estatua" Sat-Song, miraban con algo muy parecido al respeto, al hombre de escasa talla, aun más empequeñecido por las anchísimas espaldas, el cual habló con voz desprovista por entero de inflexiones y entonación matizada:

—Este es el monte Diadema. A Oriente la tierra del río caudaloso. Descanso, pues, para ti, Sat-Song y tus montañeros.

El Oriental saludó, retirándose.

—Al Sur comarca que ya hemos abandonado, y lejos estamos de poblado que interese. Descanso, pues, para ti, Chano Sáez y tus montañeros.

El mestizo de lacrimeantes ojillos dio media vuelta lenta.

—Al Norte la colombiana tierra a la que mandarás espías, Olaf Bjordom. Que tus montañeros estén en constante espera del "botasilla". Tus espías tienen quince días para regresar con planos y detalles de los más propicios lugares de botín.

El noruego aguardó un instante. Marchóse al ver que Marcos Cortezo ya no le miraba

—Al Occidente las tres ricas ciudades de Riobamba, Latacunga y Quito. Envía espías. Tienen siete días para regresar. Ven.

Marcos Cortezo se dirigió a la pequeña tienda de lona que en un instante él mismo había levantado sirviéndole de viga central la gruesa rama de un árbol.

Entró sentándose en el suelo.

—Siéntate.

No era una invitación, sino una orden.

Pierre Brigand, inconscientemente, tenía a instantes una expresión demoníaca cuando arqueando las cejas manifestaba sin darse cuenta cierto asombro.

Marcos Cortezo compartía raramente con nadie su "tienda".

—De ahora en adelante, no atacaremos los cuatro grupos, si el

botín no lo merece. El tuyo empezará esta nueva modalidad. Como siempre, ellos libres de matar y obligados a no cargar sus caballos con fardo que pesé más que veinte onzas. Mi parte de la cual respondes, son cinco onzas de diamantes y cinco de esmeraldas. Contesta.

—Entendido.

—Tus montañeros son ciento cuatro. Si regresas con número inferior a setenta, más vale que te sueltes tú mismo un pistoletazo y no pretendas huir, porque donde huyeras, te alcanzaría. Contesta.

—Volverán más de setenta, o me mataré.

—La condesa tiene demasiada vida. Permití que la llevaras contigo porque no quise matarte, ya que eres el más inteligente de mis tenientes. Pensé que no resistiría la fatiga de nuestras caminatas ni el recuerdo del baile. Pero sobrevive. Contesta.

—Está minada por mal de añoranzas. Es una pobre "sonámbula". Trae suerte. Ahuyenta el "mal de ojo". No vivirá más allá de un año.

—Seis meses. Hasta entonces la dejo vivir. Contesta.

—Tú mandas y yo obedezco.

—Pienso...—dijo, secamente, Marcos Cortezo—. Tú eres inteligente. Fuiste alguien". Es una debilidad tenerle afecto a una mujer. Contesta.

—Teresa es para mí el vivo espejo de lo que odio. Representa la aristocracia de sangre y acciones. Me complace verla sufrir. Agoniza lentamente porque en su cerebro hay un infierno.

—Tu mente es complicada, Pierre Brigand. Es posible que sea verdad lo que dices. Mentirme a mí es difícil. ¿Por qué si la odias, la tratas con afecto? Contesta.

—Sat-Song era un verdugo cuando lo conociste. Se hizo verdugo, porque antaño se sacrificó. Una bella historia. Conoce el arte de torturar refinadamente empleando instrumentos. Yo torturo cerebralmente. La "sonámbula" habría ya descansado para siempre si la hubiéramos matado, o si aquí nadie la tratara afectuosamente. Yo, al hacerlo, la concedo unos instantes de luz. La pobre ríe. Después la dejo, y se ve de nuevo rodeada del mal, como dice. Sufre aun más agudamente. Y mi venganza es tan refinada, sin tener que usar instrumentos, como las de Sat-Song.

—Pienso. A veces le acaricias los cabellos. Contesta.

—Son bellos, sedosos, negros, con infinita negrura sin esperanza.

Y ella se siente niña. Me llama "hermano".

—A veces la miras con dulzura. Contesta.

—Sat-Song sonríe tan sólo con afabilidad cuando tortura. El inteligente no hace muecas de ferocidad a su enemigo más importante.

—Es posible. A veces he creído que estabas enamorado de la mujer. Con este amor sin palabras y sin hechos que dicen sienten los hombres estúpidos. Contesta.

—Si yo fuera estúpido, no sería tu mejor teniente. Si me crees enamorado, mátame, y te lo agradeceré. Prefiero morir como un hombre a vivir como un estúpido.

—Puedes irte, Pierre Brigand. Levantóse el francés, y encaminose a pasos lentos hacia su punto cardinal. Sonreía en rictus, cínico y, sin embargo, sus pensamientos eran casi bondadosos: meditaba que si su frente hubiera sido de cristal, Marcos Cortezo habría podido leer en ella una gran falsedad.

La de que en un principio, él pensó torturar a su modo, sin daño físico, sino moral, a la bella condesa. Y que después... sintió por ella un extraño afecto, que no era amor, sino algo indefinible.

Pierre Brigand mataba sin escrúpulos, pero tenía el escrúpulo de matar a Teresa de Samaniego. Volvió a sonreír con rictus amargo; recordaba que una vez halló un perro malherido. Lo curó y se acostumbró a él.

Un día le soltó un pistoletazo, porque el perro le miraba con demasiado amor y Pierre Brigand se sentía culpable frente a los bondadosos ojos del perro de ser un criminal, para el cual matar era una droga de olvido.

De olvido de que muy lejano divisaba a veces un hogar, una esposa y un hijo. Y todo lo perdió en una noche, en que, ausente, un terremoto hundió y devoró sus amores.

Encogió los hombros, fastidiado. ¿Qué era un recuerdo de algo que nunca volvería?

—Tú, Nataniel—llamó a un mestizo—. Tienes cinco días para volver de Latacunga. Vete. ¡Maldonado!—gritó.

Mientras corriendo acercábase otro mestizo, Pierre Brigand miró hacia el valle de indescriptible belleza, al tornasolarse los colores, por el ocaso.

—Cinco días para regresar de Riobamba. Lárgate. ¡Silva! Seis

días para regresar de Quito. Ahueca.

Desesperezóse ampliamente el francés, a la par que llamaba:

—¡Justín!

El francés antillano que se aproximó oficiaba como de segundo.

—Armas limpias y preparadas para ser revisadas cuando se me antoje. Doble ración a los caballos. Y oye, querido, si pillo a otro centinela adormilándose, lo prometido es deuda. Tú hocicarás, si es que entiendes el verbo hocicar. Contesta.

La palabra imperativa con la cual terminaba siempre sus frases Marcos Cortezo, sólo Pierre Brigand atrevíase a repetirla. ¿Ironía o soberbia? Sólo Pierre Brigand sabía que de ambas cosas se componía su imitación.

—Hocicar, *monsieur*, es morir apuñalado por la espalda.

—Eso es, querido. Una muerte suave, porque no te enterarás. Puedes ir a ver si estoy allá a cien pasos de aquí.

Marchóse Justín.

Pierre Brigand volvió a desperezarse alargando los brazos. Miró hacia un resalto de una solitaria roca cubierta de césped, donde interpretando su señal al llegar, Justín había colocado la tela de una "tienda".

Pierre Brigand sentóse frente a su tienda. El paisaje ya crepuscular era maravilloso.

—Hola, hermano—dijo una voz suave, melodiosa, sumisa.

Teresa de Samaniego, vistiendo anchos pantalones, botas y rígida casaca de piel sin curtir, sueltos los largos cabellos negrísimos, vino a sentarse junto al francés.

Sus ojos tenían una hondura de trágica desesperación.

—Estoy triste, Pierre. Tuve miedo antes... Sat-Song me miraba sonriente. Nadie sonríe aquí. Sólo tú. Tengo miedo de Sat-Song.

—Es un infeliz, hermana. Es casi un héroe bueno.

—Todos son malos, menos tú, Pierre.

—Sat-Song hizo un sublime sacrificio. ¿No sabes, hermana, que yo estuve en la lejana tierra donde los amarillos como Sat-Song pululan como las setas? Y allí conocí a un chino muy civilizado, y por él supe la bella leyenda histórica de Sat-Song, el "hombre estatua".

Ella se acomodó como una niña que se dispone a oír un hermoso cuento de hadas. Tenía veinticinco años, pero a instantes parecía

muy vieja su mirada y a otras infantil,

—Tú sabes contar cosas lindas que las veo, Pierre. Explícame con muchos detalles para que lo vea bien lo que te pasó en la tierra de Sat-Song, el “hombre estatua”.

CAPÍTULO II

Oriente

Pierre Brigand acompasó su voz, variándola según hacía hablar a los personajes, de su vivida historia.

—¿Puedo esperar—me preguntó mi amigo Li-Cheong—que vuestra estancia en To-King os dejará gratos recuerdos? ¿Mi hospitalidad os ha hecho comprender el carácter de China? Cuando regreséis a Francia, ¿recordaréis a China con amistad?

Discreto y atento, Li-Cheong, príncipe del té, esta bebida aromática que da sosiego, me hacía desde más de seis días los honores de To-King, la ciudad populosa acurrucada sobre el gigantesco río que naciendo en el centro de Asia desemboca en el Gran Pacífico.

Cada noche, con sus compañeros los príncipes de la seda, del arroz, de las piedras preciosas o del marfil, Li-Cheong me iniciaba a los exquisitos placeres de la comarca meridional, fecunda y amable.

Por la mañana me conducía a los mercados donde enormes negocios que daban bienestar a cinco millones de seres humanos, se llevaban a cabo con cortesía, serenidad y muy meticulosamente.

En los atardeceres, sobre su junco tripulado por cuatro remeros prudentes, me hacía descubrir nuevas maravillas del barrio marítimo de Ton-King.

Lanchas y piraguas, juncos y sampanes, acumulados en el amplio recodo del río, albergaban familias enteras que por el infinito laberinto de los ríos y canales de China, transportaban la riqueza de la industria de To-King.

—Vuestra hospitalidad, Li-Cheong —le contesté—me ha abierto las puertas del templo desconocido. ¿Qué europeo podrá jamás jactarse de haber visto la China que yo he admirado? Es un viajero

curioso el que habéis recibido, y es un hermano vuestro el que mañana se irá lleno de gratitud y añoranza.

Con fina sonrisa, Li-Cheong aprobó mis frases. Su mano patricia hizo un gesto y los cuatro remeros, entre el hormigueo de las barcas, hicieron deslizarse el junco.

La presencia de Li-Cheong, su nombre escrito sobre la proa en letras rojas, la opulencia de siglos de su raza, su inagotable generosidad, le abrían paso en los más intrincados caminos.

Lanchas y toda clase de naves se apartaban no sin exclamaciones estridentes de salutación. Nos acercamos a un junco de alta proa, alrededor del cual se amontonaban por docenas un enjambre de sampanes incesantemente cargados.

Li-Cheong dió una orden a los remeros, añadiendo una indicación con la mano. En el sinuoso dédalo de sampanes, que abordaban el junco central, nuestro junco dirigióse hacia él.

Era un junco largo, vasto y perfectamente pulido. Su gran cámara de ébano dominaba la multitud de sampanes. En su mástil oblicuo, la verga corva soportaba una vela ciudadosamente enrollada.

Era obvio que aquel junco había llegado tarde, porque hasta entonces y en nuestros paseos, yo no había distinguido su masa elevada y rutilante, su proa de vivos colores.

—Este junco, ¿estaba ayer aquí? ¿Vamos a visitarlo?

Con la cabeza, gravemente, Li-Cheong aprobó.

—¿Por qué tantos visitantes que no son más que pescadores o artesanos suben al junco pensativos y descienden gesticulantes?—volví a preguntar.

Li-Cheong vaciló unos segundas y sonrió:

—Vos subiréis y bajaréis en igual actitud. No existe precedente de que el misterio de lo que arriba ocurre no haya atormentado a los que lo presencian, aun cuando conocen el secreto. Todos como yo, concentran sus facultades de lucidez y de antemano sé que me tendré que dar por vencido.

Yo estaba intrigadísimo. Pero era evidente que Li-Cheong no quería darme ninguna pista. No insistí. Pero la invencible curiosidad, la manía occidental de saber “antes”, me sugirió una finta.

—¿Qué significan los dos caracteres de oro que llamean encima

de la gran cámara de ébano?

—No son traducibles — replicó Li-Cheong, después de reflexionar unos instantes—. En chino, tienen un sentido neto y preciso. La traducción les privaría de exactitud. Sería necesario el lenguaje de la ciencia física, óptica o de los espejos... y aún, ni así.

—No importa. Traducid. Intentaré comprender.

—Significan la imagen real. Sí, no veo más que esas dos palabras como interpretación de lo que es real sin tener existencia. La apariencia que las cosas emanan. Lo que decepciona o instruye según los ojos que miran y la inteligencia que dilucida. Sí. Significa todo esto. Y, sin embargo, no lo define del todo. Por otra parte, vos mismo os daréis cuenta.

Li-Cheong casi alzó los hombros y volvió a recobrar su mutismo. Yo estaba satisfecho. Sus vacilaciones me habían revelado algo.

Pensé que se trataría de algún prestidigitador, ¿sabes? esos caballeros de manos ágiles que sacan palomas de un chambergo, como ya me había llevado a ver algunos. Un poco de truco y un mucho de dominio en el artista. He aquí por qué temía Li-Cheong que yo descubriera la trampa, pensé. Y también decidí no darle disgusto alguno, decidido a hacerme el sorprendido aunque descubriera los hilos del misterio. Pero ya que se trataba de imágenes y de óptica, me dispuse a agudizar las pupilas y no distraer mi concentración.

No se había equivocado, aquel malicioso de Li-Cheong. He aquí que ya me abstraía del ambiente, y no oía ya el ruido de los sampanes hormigueando alrededor del junco, ni las imprecaciones de nuestros cuatro remeros abriendo paso a empujones entre la muchedumbre.

Estaba yo tenso el espíritu, ausente... “sonámbulo”, ¿sabes, hermanita? Desde el fondo de mis recuerdos de infancia, evocaba rápidamente todos los juegos ópticos que engañan la vista humana. Me estaba parapetando, dispuesto a construirme una trinchera lógica y eso que aun no sabía de qué se trataba.

Por fin, logramos pisar la cubierta del junco de la Imagen Real. Toda la parte de popa estaba ocupada por la gran cámara de paneles de ébano herméticamente unidos.

No había ventanilla ni lucarna que destruyera la continuidad de aquellos muros de madera. Era un antro obscuro, negro, de

silenciosos secretos. Ningún ruido se escapaba del interior.

Delante la puerta, que apenas se divisaba, la muchedumbre de chinos susurraba alrededor de nosotros, cerca del mástil y hasta la proa, esperando entrar.

Reconocí algunos de los artesanos que en anteriores visitas a sus naves había visto. Nos dirigían a Li-Cheong y a mí un imperceptible guiño y continuaban sus conversaciones con algunos personajes muy locuaces y abundantes en verborrea.

Estos personajes recibían monedas chinas: taels y sapeks, y a cambio entregaban cuadritos de papel donde aparecía escrita una palabra.

Lo poco que yo conocía del idioma tan difícil chino, me permitía comprender las dos únicas palabras que cada boca murmuraba y que aparecían en uno u otro papel.

"¡Derecha!", "¡Izquierda!", "Derecha!", iban cantando unos y otros, ofreciendo dinero y recibiendo un papel donde estaba escrita la palabra que pronunciaban.

Mi sorpresa empezaba. Conocedor de la afición de los orientales por todos los juegos, inquirí a qué se jugaba.

—Apuestan—me replicó Li-Cheong, con algo de irritación —..Nosotros, orientales, apostamos sobre las cosas más sagradas. Espero que vos, de Occidente, no nos consideraréis mal por esta debilidad.

—¿Por qué iba yo a reprocharlo? Yo mismo soy jugador.

—Comprenderéis más tarde a qué me refiero — dijo, secamente, Li-Cheong, casi adusto.

En aquel momento, una puerta se abrió. Una avalancha de espectadores abandonó la cámara. En el rumoreo de sus comentarios, distinguí una sola palabra:

—¡Izquierda! ¡Izquierda!

La mitad de los que acababan de aparecer se precipitó sobre los que coleccionaban monedas, presentándoles papeles donde aparecía escrita la palabra "izquierda" y recibieron una cantidad que representaba evidentemente el doble de la cantidad por ellos entregada.

Nadie gritaba ni reclamaba. Todo papel con la palabra ganadora era pagado al instante. Y aquel ajetreo y manejos me parecían un absurdo enigma.

Li-Cheong me tiró de la manga.

—¡Aprisa! De lo contrario, estaremos en el fondo y no veréis nada. Es la última sesión de esta noche.

Nos abrimos camino por entre la masa que se introducía silenciosamente en la gran cámara de ébano. Ya se hallaba a medias llena.

Nos encontramos en la novena o décima hilera, codo a codo, y prensados entre numerosos y nuevos espectadores que apenas lograba divisar. Solitario, en el centro del techo, un gran candelabro colgaba con un velón que desparramaba una luz incierta, vacilante, prestando resplandores fantásticos a la asamblea de faces amarillas, de ojos rasgados, de trenzas arrolladas sobre cráneos pelados a la navaja.

Pensé que se tratase de lo que fuera, la preparación era acertada. Obscuridad casi completa. Creación de un pensamiento colectivo. Irritación por la espera. Hasta el mismo Li-Cheong me parecía volar con la imaginación muy lejos de donde estábamos prensados.

En efecto, Li-Cheong concentrándose, fijaba sus pupilas con intensidad sobre un cortinaje de seda azul, en cuya base se acuclillaba la primera fila de espectadores.

Los dos caracteres que significaban la Imagen Real, maravillosamente bordados, reflejaban apenas en el centro del cortinaje, las luminosidades turbias del velón.

La atmósfera era sofocante, no ya por nuestras respiraciones, sino por todas las que nos habían precedido. La espera fué larga, larguísima, hasta el punto que empezaba yo a sentir hormigueos en las rodillas y calambres en la espalda.

—¿Tan dificultoso es preparar el espectáculo?—murmuré.

—¡Callaos! ¡El tiempo no cuenta! —gruñó casi hostilmente, el siempre cortés y obsequioso Li-Cheong.

De detrás del cortinaje azul, resonó un golpe de gong, hueco y sordamente. Todos los alientos parecieron suspenderse, y yo mismo me contuve la respiración, mientras que el telón de seda se descorría a un lado silenciosamente.

Dos estatuas absolutamente idénticas, colocadas aproximadamente a tres metros de distancia una de la otra, se inmovilizaban sobre una profundidad no mayor de dos metros.

Cada una representaba un hombre sentado en cuclillas,

suntuosamente vestido de mandarín, y cuya faz nos daba frente.

Los ojos ampliamente abiertos, vivos, parecían lanzarnos un mudo reto. Un arco de linternas de diáfano papel creaba un haz de sombras, que se dispersaban, largas o breves, sobre las paredes, la tela del fondo, el tapiz, compuesto todo por bandas de seda, cuya blancura era inmaculada.

Sobre la tela tendida entre las rodillas, cada estatua sostenía una hoja de pergamino; las dos manos diestras apoyaban en ella dos pinceles igualmente brillantes, de puntas igualmente curvadas, que se detenían aproximadamente a un milímetro sobre un idéntico rasgo, de un idéntico paisaje.

Era todo. Adiviné, sin volver las espaldas, que todas las miradas recorrían de una a otra estatua, buscando un problema que yo no concebía. La cabeza avanzada sobre su cuello tendido, Li-Cheong guiñaba a derecha y a izquierda; una crispación se dibujaba en la



...producía una sensación de frío...

comisura de sus labios prietos. Yo no sabía qué pensar de todo aquello.

Olvido un detalle. A la derecha del tablado, acurrucada sobre un escabel, una anciana, muy vieja, viva y arrugada como una nuez, lanzaba sin mover un solo músculo, una especie de grito siniestro.

Aullido, lamento de demente, lo que fuera, producía una sensación de frío hasta la médula de los huesos y concedía un algo terrible a todo lo inmóvil y absurdo de la escena.

Sin embargo, nadie miraba a aquella bruja. Y me daba cuenta por esta emanación que brota del alma colectiva de una masa, que nadie la oía ni quería oírla.

Me pareció que aquello era uno de los sortilegios de la magia asiática y que el grito alucinante, mórbido, servía para madurar la trampa allí oculta y que aun no sabía en qué consistía.

¿Qué trampa podía ser? Después de algunos instantes, durante los cuales hice mucho cuidado de observar detalladamente lo que allí ocurría, me rebelé en protesta mental, porque no podía satisfacerme aquella inercia y aquella estúpida contemplación incomprensible.

—Veamos—pensé—. Tengamos calma. Según parece, hay que eliminar a la vieja del problema, si es que hay problema. Esta fantasmagoría se llama la Imagen Real y se trata de algo que va de derecha a izquierda. Este es, pues, el acertijo. Seguramente una de las dos estatuas es material y la otra una ilusión óptica o mental.

Pero desde hacía un minuto, abría a más no poder los ojos en vano: no discernía ni espejos, ni posibilidad de mecanismo oculto. Todo estaba claro y a la vista. Las sombras, sobre todo las sombras que se proyectaban tras las estatuas eran sólidas, opacas, netas.

Entrecerré los párpados para agudizar mi vista, cubrí mis orejas para no oír las letanías de la anciana. Sólo veía concretamente dos bloques de piedra.

De bastante mal humor por la decepción, me encogí de hombros. Mi curiosidad ya muerta, miré hacia Li-Cheong, quien se dió cuenta y sin abandonar su examen, susurró:

—¿Habéis adivinado?

—¡Cielos! Bien quisiera yo adivinar algo. Estas dos estatuas nada tienen.

—Una de las dos estatuas es un hombre vivo.

—¡No es cierto!—exclamé, inconteniblemente—. ¡Os burláis de mí!

—Se trata de adivinar cuál estatua es el hombre, si la de la derecha o la de la izquierda. Daos prisa. El hombre vivo no puede retener su respiración más de dos minutos.

Li-Cheong hablaba demasiado seriamente para que pudiera yo tener la menor duda. Con asombro, tendí el rostro, mirando a diestro y siniestro cada una de las figuras, buscando el lustre de la tez, el reflejo de un sudor, la tensión de un pecho reteniendo la respiración y el más imperceptible de los movimientos que las sombras habrían multiplicado. Nada.

Al contrario, cada una de las estatuas me parecía ahora estar dotada de vida, animarse, tener una palpitación secreta e inmóvil.

Un golpe de gong destruyó esta inmovilidad. La estatua de la izquierda, aspirando con fuerza, se levantó, extendió los dos brazos en gesto de saludo, con movimientos elásticos y articulados.

No era un autómata. La figura de la derecha no se movió. La vieja cesó repentinamente su aullido, cayendo en un letargo de paralítica. El telón se corrió susurrando.

En un jarro cerca de la salida, cada espectador, antes de salir, dejaba caer algunos "sapeks" y precipitándose a cubierta, gesticulaba y gritaba de decepción o de alegría satisfecha, según que hubiera apostado a derecha o a izquierda.

—He aquí todo—me dijo Li-Cheong sencillamente.

Indeciso, me detuve junto al jarro, contemplando los óbolos, bastante considerables.

—Me habéis vencido plenamente, Li-Cheong—le dije—. Me parecieron dos estatuas y estaría dispuesto a jurarlo.

—Entonces, pagad doble. Es cuestión de conciencia. A todas estas almas sencillas, Sat-Song, el hombre real, nada les pide. Cada uno determina la estatua que le parece viva y si se ha equivocado, entrega la cantidad que había mentalmente designado al juego. Esa es toda la reglamentación. Veis, pues, que se cumple de buena fe. En cuanto a mí, que una vez más me he equivocado, ved cómo cumplo.

Y depositó cinco "taels". Yo deposité el doble. Sin duda, lo hice con cierta lentitud; cuando estuvimos solos en la sala, aparte el criado de Sat-Song que tocaba el gong, y maniobraba el telón, y que estaba esperando nuestra salida para cerrar la puerta, Li-Cheong dijo, bromeando:

—No me parecéis muy convencido.

—Apenas he tenido unos segundos para mirar sabiendo qué buscaba. Si me hubierais prevenido antes...

—¡Ah, no! Vuestro orgullo occidental, o si lo queréis, vuestro sentido crítico, hubiera destruido de antemano esta ilusión de los ojos. Os habríais reído. Habríais pretendido que se adivinaba al primer vistazo. Os habríais seguramente equivocado, porque tanto para vos como para mí, esto tiene cara y cruz. Pero yo os he oído confesar vuestra impotencia, casi con furor. Esto era lo que importaba. Ni siquiera habéis adivinado el problema. Yo hubiera tenido que esperar y no deciros nada hasta que Sat-Song se hubiera levantado, y me habría divertido vuestra infinita sorpresa.

—Si volviera a ver otra representación, y de más cerca, yo sabría muy bien diferenciar al vivo de la estatua.

—Como queráis — concedió Li-Cheong, seguro de él y de Sat-Song. —Yo no sé si él aceptará. Era esta su última exhibición del día. Esto le cansa mucho. Pero lo intentaré.

—Ofrecedle dinero.

—Sería la manera más segura de obtener una negativa.

Con el criado que se impacientaba, dialogó Li-Cheong animadamente. Después de una ausencia de unos minutos tras el telón, regresó el criado con una respuesta.

—Sat-Song acepta — explicó Li-Cheong—. He sabido hacerle decir lo que mejor podía herir su amor propio. A mi petición y para convenceros a vos, el primer occidental aquí admitido, tomará para vos tan sólo, la postura más difícil. Y veréis hasta dónde llega su arte. Sin recurrir a las sedas, él os reta a que adivinéis.

Tras el telón, oí unos roces. Sin duda, Sat-Song preparaba una postura nueva, o más bien, traía una estatua enteramente distinta.

Cuando el criado descorrió el telón, las dos imágenes representaban un pescador sin más ropa que una tela desde la cintura a media pierna. Lanzaba una red, con los brazos separados y extendidos y el cuerpo inclinado sobre la punta de los pies, con la cabeza hacia delante en actitud tensa y atenta.

Me acerqué. Casi habría podido tocar las figuras con la mano. Las costillas, la espina dorsal, los tendones, aparecían bajo la epidermis de los dos cuerpos magros.

El mismo brillo, las mismas uñas, la misma abundancia de cabellos, acrecentaban lo irreal de aquella inmovilidad conjugada. Ni en las substancias ni en las sombras, pese al esfuerzo de la fatigosa actitud, se traicionaba el menor movimiento infinitesimal.

Sobre los rostros que me miraban había la misma carencia de inexistencia y la misma vida latente. Los museos de figuras de cera del Occidente eran banales después de aquella apoteosis.

—¿Bien?—inquirió Li-Cheong.

—Renuncio a adivinar. Es milagroso.

Sat-Song, que esta vez estaba a la derecha, me invitó con un parpadeo. Me acerqué más, y como Santo Tomás toqué su cuerpo tibio y la fría materia de la estatua. Salvo aquella diferencia de calor y de dureza sensibles al tacto, la vista no podía diferenciar nada más.

Terminados los dos minutos, Sat-Song se enderezó, escuchó cortésmente, sin replicar, las manifestaciones de gratitud de Li-Cheong y las mías de entusiasmo, y desapareció tras las cortinas blancas del fondo.

Vivamente emocionado, casi con misticismo, seguí a Li-Cheong fuera de la cámara, hasta entrar en el junco que tomó camino hacia To-King, entre la baraúnda de barquichuelas.

Pero, bajo el crepúsculo rojizo, ya no tenía yo ni ojos ni oídos para atender a los vulgares tumultos humanos. Un haz de preguntas se imponía. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué encadenamiento de causas hacía que aquel maravilloso Sat-Song enterrase en un junco perdido en el inmenso universo, su obscuro oficio de recibir algunos “sapeks” a cambio de un cotidiano prodigio? ¿Qué repliegue del alma oriental escondíase bajo aquella disciplina?

Me arriesgué a formular esos dilemas.

—¿Por qué vuestro amigo Sat-Song no viaja hacia Occidente? Os juro que en pocos años amasaría una gran fortuna.

—He aquí lo que me temía—dijo Li-Cheong, con una mueca—. Hasta vos mismo que pretendéis comprendernos, ¿queréis reducir a vulgar lucro la obra incomparable de Sat-Song?

—¿Por qué no? ¿Acaso no recoge aquí míseros “sapeks”? ¿Por qué rehusarse a reproducir en Occidente la sacudida de estupor única que puede causar? Los Occidentales pagan mucho por emociones nuevas.

—Es que hay otras cosas mucho más importantes escondidas en esta Imagen Real, amigo mío.

—¿Cuál es la Imagen Real? ¿Es Sat-Song? ¿Es la estatua?

—¿Qué importa? Es un milagro de amor, no de este amor que se

quema y se esfuma en cenizas, sino de una apasionada ternura que dura hora tras hora, cada segundo de toda una vida y que se aproxima al más sublime de los sacrificios.

—¿No exageráis?—interrumpí, con alguna impaciencia—. Este artista sobrenada los límites de lo verosímil, pero de esto a extasiarme, media un gran paso.

—Yo sabía muy bien que no me comprenderíais. ¿Para qué tratar do explicaros? Siempre se elevará un muro entre Oriente y Occidente.

—¡Siempre con parábolas!—exclamé—. No os quejéis de ahora en adelante, que los occidentales no entiendan el alma china. Yo estoy aquí, dispuesto a querer comprender y os hurtáis a la explicación. Decidme, dónde está lo sublime, en lo que, y ya es mucho, sólo me parece perfecto.

—Escuchad — replicó Li-Cheong, después de un largo silencio y cuando el junco entraba en las aguas libres cercanas a tierra—. Mi explicación será breve. Es la más pura leyenda real sobre el amor filial. Porque Sat-Song y la estatua poco importan. El único ser alrededor del cual gira el drama es la pobre demente, la paralítica, la vieja cuyos aullidos estremecedores conjuran la muerte.

Y Li-Cheong me contó la más bella historia de amor puro.

En su juventud aquella vieja bruja, había sido hermosa y riente. La felicidad reinaba sobre el sampán en el que su marido, dibujante vagabundo, iba de ciudad en ciudad ilustrando pergaminos raros.

Como todas las esposas que habéis visto aquí, ella pescaba, remaba, preparaba el arroz y los alimentos, para rodear de bienestar el trabajo del artista.

A pesar del mutuo deseo, aquella unión no había sido bendecida más que por dos gemelos: Sat-Song y Yat-Song, en los que se concentraba el orgullo del padre y la ternura de la madre.

La naturaleza presenta esas coincidencias. Desde su nacimiento, Sat-Song y Yat-Song se parecían como dos granos de arroz. Sus mismos padres no podían diferenciarlos. La edad no les confirió estas deformaciones del rostro, de ademanes, que diferencian habitualmente a los gemelos.

A ejemplo de su padre, aprendieron oficios estudiosos y delicados. Sat-Song debía ser el escultor y Yat-Song el pintor. Uno y otro podían convertirse en excelentes aristas, porque en ellos

alentaba la chispa del genio, cuando murió el padre.

Eran ya los dos adultos. El deber del cada chino es casarse, para dar vida a descendientes que transmiten la antorcha de la vida y que honran a los antepasados.

Lo pensaron hacer varias veces. Pero el estrecho sampán no podía albergar dos matrimonios. Y el afecto de la madre era tan fogoso, que su corazón se habría roto si uno de los dos gemelos se hubiera marchado con su nueva familia.

Decidieron posponer el matrimonio hasta el momento en que sus ahorros les permitieran adquirir un junco grande, apto a contener dos familias, dos descendencias y la abuela.

Para apresurar este instante, Sat-Song y Yat-Song se esforzaron noche y día a trabajar más y a ganar dinero. La madre devolvía en cariñosas atenciones el sacrificio de sus dos hijos. Vigilaba sus alimentaciones, sus sueños cortos y era incapaz de discernir entre uno y otro hijo ni de separarse de ninguno de los dos.

Debido al esfuerzo, la salud de Yat-Song, el pintor, se resintió. Vosotros, los occidentales, hubieseis llamado tisis la enfermedad que lo devoró en seis meses. La madre la llamó consunción.

Empezó a distinguir a Yat-Song de su hermano por su enflaquecimiento progresivo, a sus uñas más diáfanas, en las manchas más sonrosadas de los pómulos, en su tos seca y frecuente.

El germen de su locura, engendrada por la pena, nació entonces.

Al mismo tiempo, Sat-Song ideó su sacrificio. Pasó hambre para enflaquecer. Trabajó sin luz para que sus ojos causados tomaran brillo. Con pintura fingió en sus pómulos las delatoras manchas. Aprendió a toser breve y frecuentemente como Yat-Song.

La madre conoció las atroces alternativas de la esperanza y del miedo. De acuerdo los dos hermanos, el sano y el enfermo, la tranquilizaban demostrándole que ninguno de los dos estaba enfermo, ya que ambos mostraban las mismas señales aparentes.

Delante de ellos, fingía estar convencida. Pero por la noche, entre las dos camas, se acurrucaba, asiendo una mano de cada hijo, espiando sus fiebres, los espasmos de la inconsciencia.

Se alarmaba ante los accesos de tos de Yat-Song, cuando Sat-Song, pese a su sueño ligero, no las repetía inmediatamente en eco. Los dos hermanos tomaron la costumbre de cambiar alternativamente de lecho, para que la desgraciada en la sombra no

pudiera escoger al infortunado cuya enfermedad la desesperaba, y para que cuando ella se adormecía, vencida por el agotamiento, no supiera ya cuál tosía más mortalmente, si el de la izquierda o el de la derecha.

Pero un amanecer, después de un sueño agitado, la mano de Yat-Song estaba helada y la de Sat-Song tibia.

Yat-Song ya no tosió nunca más.

Nosotros, hombres, no podemos comprender lo que es un paroxismo de dolor de madre. Durante dos días, sin cesar de gemir, la madre mantuvo estrechamente abrazado contra el seno que lo había alimentado, al hijo inmóvil.

Cuando preguntaba si se había muerto, Sat-Song no se atrevía a contestarle de miedo a que ella se matara. Con la fuerza de una tigresa, y ya enloquecida, continuaba abrazando el cadáver para darle calor. Y Sat-Song no podía separar los dos cuernos, ni cumplir con los rituales funerales sin confesar la muerte de su hermano.

Entonces surgió la invención piadosa de Sat-Song. En un día, modeló en materia inerte la primera Imagen Real, rígida, sin gesto, parecida a la que la madre estrechaba contra su pecho.

Durante un sueño pesado de la madre, cuyos brazos cedieron su presión por agotamiento, Sat-Song cuidadosamente, substituyó al cadáver por la estatua. Cuando regresó de enterrar a su hermano encontró a la madre que, despierta, daba su calor al fantasma inerte, cubriéndolo de besos. La substancia entibiada le parecía, sin duda, menos fría, porque entre sollozos reía.

Y decía que Yat-Song había resucitado sobre su seno maternal.

Desde entonces, continuó el sacrificio. Para no destruir la ilusión de la madre demente, Sat-Song fué construyendo imágenes de Yat-Song, en todas las posibles actitudes en que su madre lo había conocido.

Esto dura hace diez años, me dijo Li-Cheong. Durante mucho tiempo, la madre no ha querido abandonar la cabecera de la cama y Sat-Song ha imitado las posturas de su hermano durmiendo en el lecho.

Con frecuencia lo ha substituido, para que, al despertar, la desgraciada sintiera el calor de una mano y de un cuerpo vivos. Para perpetuar el sublime engaño, aprendió a conservar la inmovilidad completa, la que vos habéis visto.

De manera que la madre, entre dos hijos sin movimiento, a veces fríos, a veces con calor de vida, ya no puede recobrar la cruel lucidez que le hiciera adivinar la sublime parodia.

Poco a poco la parálisis ha invadido el pobre cuerpo materno. De su alegre juventud ya no queda más que la ruina que habéis visto. Ojos quemados de llanto que se abren pesadamente, una garganta que lanza horribles gritos, y la imperceptible llama de una vida que se extinguiría en el mismo instante que sólo viera una imagen.

Perdonad lo que os voy a decir, amigo mío. En vuestra muy civilizada Europa, muchos hijos hubieran enviado al asilo a esta madre que es casi una muerta. Ninguno le hubiera sacrificado su gloria futura, y aun menos la totalidad de su existencia. Sat-Song ni siquiera vaciló. No pudiendo ya ofrecer su arte para obtener la gloria, ha hecho holocausto de ello a la única, a la Madre.

Y los dioses han ayudado, haciendo que esta madre quede privada de la facultad de comprender. Desde que está clavada en el escabel, Sat-Song modela imágenes variadas, para lo cual espera que ella duerma.

Trabaja en fantasmas que, por doquier, en las profundidades de esta vasta cámara, sentados, en pie, acurrucados, tendidos y todos con colores de vida, traducen para la madre la visión de su amor frenético hacia el que, así, nunca desapareció.

No osáis preguntarme por qué Sat-Song ofrece a esa muchedumbre grosera, a vos y a mí, el prodigio de su Imagen Real. Es por una razón muy distinta a un afán de lucro.

No pudiendo ya trabajar más que en esas estatuas del simulacro, y obligado a estar ante su madre tan pronto ésta despierta, Sat-Song no podía ya ganarse la subsistencia.

Después de renunciar al matrimonio, ha huido también de él toda vanidad de gloria. Para que pudiera continuar la ilusión, ha consentido a exhibirse y a recibir el óbolo de la veneración.

Por ríos y canales, por toda China, los niños y los ancianos vienen a aprender este evangelio práctico de ternura filial. Sapek tras sapek, este espléndido junco con letras de oro está construido por la limosna de millones de peregrinos que ante la Imagen Real se han prosternado.

También en Europa se edifican santuarios venerados, Pero en

éste no hay misterios impenetrables: no hay ni reliquias ni revelaciones. Es la Imagen Real del hombre que le ha entregado todo a su madre, alma y vida.

Cuando Li-Cheong terminó su bello relato del sublime sacrificio, ya nos acercábamos al desembarcadero. Dentro de pocos instantes, lo grosero, lo brutal, iba a apresarnos de nuevo con la vida ordinaria de cada mortal.

Emocionado íntimamente, estreché con fuerza la diestra de Li-Cheong, que me había hecho conocer algo único. Sus ojos expresaban la misma excitación que los míos. Ambos habiendo rozado lo indefinible, nos habíamos elevado un poco hacia la soberana belleza.

—Detened un instante vuestra nave—le supliqué—. Es aún pronto para pisar la vulgar tierra. Y… decidme: ¿por qué Sat-Song no habla una sola palabra? Hubiera querido oír la voz de ese superhombre.

—Desde la muerte de Yat-Song, no ha pronunciado una sola palabra nunca.

—¿Por qué?

—Por temor a que la madre, en un intervalo de lucidez, no llegara a comprender. Porque Sat-Song y Yat-Song eran idénticos en todo. Pero no tenían la misma voz.

CAPITULO III

Teresa de Samaniego

Pierre Brigand cesó de hablar. Teresa de Samaniego salió del ensimismamiento que el relato le había producido.

—No es posible, Pierre.

—Lo vi con mis ojos.

—Si tan bueno era Sat-Song, ¿qué hace aquí?

—Antes de yo abandonar To-King, la madre de Sat-Song murió. Por curiosidad entablé relación con Sat-Song, el cual deseaba alejarse de su tierra natal. Vinimos al sur de este continente.

La complejidad del carácter se manifestó en Pierre Brigand cuando añadió:

—Tienes que saber, hermanita, que las grandes emociones, y también el continuo vivir inquieto, desequilibran el cerebro. Por eso todo aventurero es un poco loco, y una gran emoción puede convertir a un hombre bueno en muy malvado. Hacer maldades, como protesta contra el Destino... Las grandes emociones desequilibran, Teresa.

Y Pierre Brigand la miró, expectante. Había conocido a Teresa, la bella condesa de Samaniego, en el horrendo asalto de los Montañeros a la morada de Ignacio Valdés[1].

Pero ella no reaccionó ahora. Lo que allá en Valleparaíso había trastornado su mente, pertenecía a las grandes lagunas de vacío, donde se sumía el recuerdo de su pasado.

Infantilmente, replicó ella:

—Sat-Song hoy es malo. Tú siempre eres bueno, Pierre.

—Contigo.

—Por eso te quiero. Odio a todos los hombree, porque son violentos, matan y pelean.

—Yo soy violento, peleo y mato.
—Pero lo haces sin maldad.
Sintióse Brigand molesto. Recordaba el perro que lo miraba con ojos empañados de afecto...
—Tienes que dormir, hermana. Estamos cansados.
Y sumisamente ella entró bajo la tienda. Y, como siempre, Pierre Brigand tendióse ante la entrada. Y, como siempre, tardó en adormecerse. Sentía profundo rencor contra sí mismo porque era un indeciso, un hombre sin meta, sin ideales, asqueado de todo, y por encima de todo de sí mismo...
Pasaron cuatro días. Regresaron los espías. Marcos Cortezo esperó las novedades que debía comunicarle Occidente.
Pierre Brigand, tras estudiar los planos traídos por los expertos espías y los informes que le dieron, dirigióse hacia donde Marcos Cortezo, en el centro de los cuatro escuadrones, permanecía impasible, indiferente.
—De los tres puntos señalados, ¿cuál es el más propicio? Contesta.
—Latacunga.
—¿La capital virreinal? ¿Por qué? Contesta.
—En Riobamba, además de alojarse una guarnición de dos regimientos, no hay más que familias artesanas y de militares.
—Pobreza y riesgo. ¿En Quito?..
Contesta.
—Recientemente hubo un intento de ataque por salvajes indígenas, y hay una vigilancia continua.
—¿Latacunga? Contesta.
—Mañana, en el Teatro Real, hay un baile, donde asistirán el virrey y toda la engalanada sociedad de la ciudad. Abundarán las joyas. El Teatro Real está en las afueras.
—Prepara la marcha. Si quedan en el suelo más de treinta montañeros, muere tú, también. Les hablaré.
Echó a andar Marcos Cortezo en dirección al lugar donde, preparados para salir, hallábanse los Montañeros del grupo Occidente.
Reinó un silencio absoluto cuando, encaramado sobre la roca donde ya la tienda plegada había desaparecido para ocupar la grupa del caballo de Pierre Brigand, Marcos Cortezo, juntas las dos manos

delante del pecho, entrelazados los dedos como si rezara, fué diciendo con voz monótona, hiriente de dureza y autoridad:

—Montañeros de Occidente. Mañana, al anochecer, daréis muerte a cuantos estén en el Teatro Real. Nunca un montañero ha caído prisionero. Y si tiene esta cobardía, cumplirá con la ley. Se cortará la lengua con sus propios dientes, si no ha podido matarse antes de ser preso. Es la ley. Si un montañero habla, vivirá eterna tortura, porque yo invoco el poder de mis dioses, que todo lo saben, que todo lo ven y que todo lo oyen. La muerte del prisionero que no habla, es la muerte del Montañero.

Hacía ya un instante que se había marchado Marcos Cortezo, cuando aun seguía su influencia extraña dominando a todos los que le habían escuchado.

Sólo dos personas no creían en el poder maléfico invocado por el jefe de todos los Montañeros: Teresa de Samaniego por inercia y Pierre Brigand por escepticismo.

Pero los mestizos chilenos creían firmemente que sólo evitarían horribles torturas desconocidas muriendo antes que entregarse.

A la señal de Brigand, Justin empezó a desfilar ladera abajo, hacia la lejana ciudad virreinal.

Tras él los ciento tres montañeros de Occidente fueron desfilando en grupos de jinetes de a cuatro.

Y a retaguardia, Pierre Brigand, a cuyo lado Teresa de Samaniego, en silencio, cabalgaba masculinamente.

—Teatro Real, hermana. Muchos perfumes, joyas, luces... Pero tú no irás, y te quedarás en lugar que yo te señale.

—Que tu ausencia sea breve. Sin ti, tengo miedo de todo.

—Nataniel, que es el que ha ido a Latacunga, me ha dicho que antes del baile habrá un juego de magia. Se trata de un hombre que con dos pedazos de madera vierte rumores de manantial, sombras de pasión, ruido de luchas, lamentos de amor... Un violinista famosísimo del cual dicen que cuando con el arco acaricia las cuerdas tensas de su violín, se desmayan las damas y lloran los caballeros.

El rictus de Pierre Brigand era amargamente sarcástico. Teresa de Samaniego tenía una sensibilidad especial.

Miró con reproche afectuoso a su compañero.

—Eres sarcástico y tú mismo te mortificas, porque tú amas lo

bello, y eres inteligente.

—Mi sarcasmo es quizá mi defensa contra el sentimiento, hermana, porque, tal como me ves, soy un sentimental. Y no soy inteligente, porque, si lo fuera, sabría lo que quiero. Me gustaría oír a ese violinista. Dicen, según Nataniel ha oído, que es un hombre joven, que sólo vive por el arte, y que odia la violencia. Tiene renombre de cobarde porque renuncia a batirse en duelo, al ser retado. Pero todo le sea perdonado, porque es inteligente, ya que no es gregario.

—¿Gregario? A veces dices palabras que no entiendo, Pierre.

—Gregario es el que a regañadientes, pero atendiendo al qué dirán, va muchas veces a batirse, deseando huir. Gregario es el que no vive porque está siempre pendiente de la opinión.

—Háblame más de ese joven.

—Dice Nataniel que hay una gran expectación por oírle. Es un mago y un genio. Y también un Creso, porque da su riqueza sentimental a muchas gentes que son incapaces de vibrar ante lo bello. Y lo bello es todo lo que nos aparta de nuestra mísera envoltura carnal: una flor, una puesta de sol, un arpegio de violín preciso que hiere en nuestra alma algo extraño y suscita un eco, que en nuestra garganta pone nudo de sollozo contenido.

—Quiero oír a este joven, Pierre— dijo ella, lentamente.

—No puede ser.

—¿Por qué? Nataniel tendrá que ir al Teatro Real, para, en el momento oportuno, como siempre, hacer las señales para que acudáis todos a... a lo horrible. Déjame, pues, antes vivir un momento dulce. Siempre estoy deseando despertar mi alma muerta. Mucho hemos hablado sobre mi extraña dolencia, Pierre. Vivo sin vivir... Déjame escuchar la mágica armonía de un violín sentimental.

—Todos escondemos en el corazón acordes de violines sentimentales, Teresa, y hay que ahogarlos. Renunciar. No jugar para no perder. Vivir en el vacío es melancólico, pero no duele.

—Quiero ir... — elijo ella, infantilmente.

—Dejaré de quererte.

Rió Pierre Brigand con risa cansada.

—A instantes tienes diez años, hermana. Si Marcos Cortezo sabe que te dejé entrar en sala de gente como tú, bueno...—Y se detuvo

de pronto el francés. Sonrió con sarcasmo. —Vas a ir, Teresa.

—¡Eres bueno y te quiero mucho, Pierre!

Aproximando su caballo, quiso ella besarle en la mejilla. Bruscamente, con irritación, Pierre Brigand apartóla de un empujón. Sus ojos brillaban furiosos, casi con rencor.

—¡Aparta! Nunca, ¿me oyes bien? Nunca vuelvas a hacer eso. Ya te lo dije en otra ocasión.

Volvía a recordar cuando el perro le miraba afectuosamente, causándole algo semejante a un incontenible remordimiento. Y no quería matar a Teresa, porque era ya lo único que idealizaba su desequilibrado vivir.

—Iré al Teatro Real—dijo ella, gozosa, sin parar mientes en la actitud de su compañero. Para ella, cuanto hacía Pierre Brigand estaba muy bien, hecho.

Recobró la calma el francés.

—¡Nataniel!—llamó, sin alzar mucho la voz.

Su llamada fué reproducida por los Montañeros hasta llegar al



—Llevarás contigo a Teresa.

interpelado, que poco después deteníase ante Pierre Brigand.

—Llevarás contigo a Teresa. Cuando termine el violinista, y vaya a empezar el baile, ella vendrá a nuestro encuentro por la única carretera que hay, y tú subirás al campanario para hacer la señal. Vete.

Siguió la caravana su marcha.

—¿Pierre?

—¿Qué?

—Mi ropa.

—¿Qué tiene tu ropa?

—Nataniel, para entrar entre la gente buena, se viste sus limpias ropas. Me compraste una casaca que luce como oro, y sedas blancas, y zapatos de baile. Déjame llevarlos.

—Mañana, al punto donde acampemos en espera de la noche y la señal de Nataniel, vestirás el oro y la blancura.

Cuando, al día siguiente, los Montañeros acampaban a la vista de Latacunga, ocultos en frondoso bosque, y habíase ya marchado Nataniel (un flaco español, alto y encorvado) y Teresa de Samaniego, Pierre Brigand sonreía sarcásticamente.

¿Había dejado que Teresa fuera a oír un violinista, para complacer a la mujer? ¿O era por ver cómo reaccionaba Marcos Cortezo al enterarse de ello?

Un juego peligroso. Pero quizá menos peligroso que su propia indecisión al no saber determinar si amaba u odiaba a Teresa de Samaniego.

Anochecía... El calor era sofocante. Las nubes se amontonaban presagiando tormenta.

Hacia las ocho da la noche, en lo alto del lejano campanario del Teatro Real, centelleó irreverente una extraña figura de luz, que trazó tres puntos y una cruz de rojizo destello. Era la señal de Nataniel.

La caravana se puso lentamente en marcha. Distaban una hora por senderos hasta la carretera amplia que conducía al Teatro Real.

El montañero que iba en cabeza, Justin, al doblar un recodo de la carretera vió a una pareja apartada a un lado de la carretera.

Cumpliendo la "ley", puso al trote su caballo, alzando la lanza para matar. La volvió en torsión de muñeca al ver que la mujer era Teresa de Samaniego. Se limitó a golpear fuertemente con el regate en el cráneo del hombre. No tenía que matar al hombre, al cual seguramente desearía Pierre Brigand interrogar para saber las causas por las que acompañaba a la "sonámbula".

Siguió su lento desfile la caravana. El último era Pierre Brigand. Iba a proseguir, pero, al igual que Justin, reconoció a Teresa de

Samaniego por la casaca amarilla en la persona que, arrodillada, sollozaba junto a un hombre tendido y de cuyo cráneo manaba sangre.

Se aproximó a caballo y escuchó atentamente las incoherencias de la llorosa y postrada Teresa, que no se había percatado de su presencia.

—Los seres malvados... te han dado muerte, Humberto. Tú eras bueno, y me sentía confiada y protegida a tu lado, como cuando estoy junto a Pierre... ¡Y te han matado!... Como siempre, todo lo mustian y todo lo marchitan... Mis ecos de la felicidad de antaño... Tu música milagrosamente me los despertó... Tu música borraba amarguras...

El jinete desmontó, aproximándose a la mujer.

—Que eran soldados dijiste, Humberto... Y ¡no!... Fui yo quien lo dijo. —Y alocadamente llevóse las manos ensangrentadas por la herida de Humberto de Ferjus al rostro. —Te lo predije, Humberto... Traigo el mal conmigo...

—Seca el llanto, Teresa—dijo Brigand, manteniendo por la brida su negro caballo—. Soy yo, Pierre, y no debes llorar...

—¡Pierre!—exclamó ella, abrazándose a él. Pero de pronto, apartándose, le golpeó el pecho con saña diciéndole: —¡Tú, tú tienes la culpa de la muerte de Humberto!

Pierre Brigand cogió por las muñecas a Teresa de Samaniego.

—Ven... Cuando los Montañeros a mis órdenes hayan terminado con... lo que aquí nos ha traído, volveremos a la montaña. Ven. ¿Por qué te fuiste del Teatro Real sin Nataniel?

—¡Vete tú allá! ¡Vete! Yo quiero quedarme junto a Humberto.

—Como quieras, hermanita—sonrió “Occidente”—Es preferible que no veas lo que allá sucederá.

Montó Pierre Brigand a caballo, y de pronto arqueó las cejas, sorprendido, porque, temiendo por la vida del único montañero que la había protegido matando a varios, Teresa de Samaniego exclamó:

—¡No vayas! Deja a los otros, Pierre... Hay muchos soldados, muchos que allí están... Centenares de jinetes... Deja a los otros malvados, Pierre... Ellos no aguardarán tu orden para atacar, para matar y morir...

Oyóse de pronto, a lo lejos, una descarga cerrada. Pierre Brigand encabritó su caballo, y a galope, espoleando furiosamente su

montura, dirigióse hacia donde las descargas de los mosquetones estaban iluminando los contornos del Teatro Real.

CAPÍTULO IV

Dos fuerzas se miden y se unen

Lorenzo Olivares, jefe supremo de las fuerzas de agentes que tenían por misión averiguar conspiraciones y descifrar enigmáticas personalidades, paseaba por los vastos ámbitos del Teatro Real.

Hacía ya más de media hora que buscaba a los componentes de la "familia" del conde Ferblanc, sin que hasta entonces hubiera visto a ninguno.

Y tanto más le extrañaba aquello, cuando precisamente aquella fiesta era dada en homenaje al artista Humberto de Ferjus.

El baile estaba en su apogeo, y la sofocante temperatura, impropia de la temporada, era aliviada por la renovación de aire que realizaban todas las ventanas abiertas.

Lorenzo Olivares, rubio de acerados ojos grises, casi de continuo cubiertos por al parecer adormilados párpados, estaba descontento de sí mismo, porque, habiendo sido llamado por el virrey para desenmascarar prontamente al misterioso personaje que se ocultaba bajo el sobrenombre de "Pañuelo Negro", sentíase cada vez más desconcertado.

Con sus propios ojos había visto en el jardín de Pilarín Ocampo[2] al que se jactaba de ser "Pañuelo Negro". Un ágil individuo de verdes ojos felinos, que había logrado escapar a la celada tendida por soldados y agentes al mando del propio Lorenzo Olivares.

Y, en cambio, su agente Pablo Loreto había asegurado que estaba en condiciones de demostrar que "Pañuelo Negro" era nada menos que Humberto de Ferjus.

"El Lince" esperaba el informe escrito que estaba componiendo en aquellos instantes Pablo Loreto.

Acercándose a la galería de cuadros, en su paciente búsqueda de

alguno de los componentes de la familia Ferblanc, en la que incluía también sus amistades sospechosas, tales como el extranjero de ojos saltones llamado Gastón d´Arsonval y el madrileño pelirrojo e impertinente, Lorenzo Olivares vió premiada su paciencia.

Con paso aplomado tres individuos acababan de traspasar el umbral exterior procedentes de la escalinata de entrada.

Uno era Carlos Lezama, el cual dirigióse rectamente hacia “El Lince”. Tras del Pirata Negro quedaron expectantes Gastón d ´Arsonval y Diego Lucientes.

—Buenas noches, Olivares—saludó Lezama, amablemente.

Pero el intenso fulgor de sus negros ojos audaces previno al jefe de policía.

—Buenas noches, conde—dijo, secamente.

—Gusto a veces de sostener disquisiciones que al parecer a nada conducen, pero que tienen su meollo. ¿Os place que sostengamos en este sitio discreto y apartado del mundanal ruido una controversia de la cual espero halagüeños resultados?

—Si han da ser halagüeños, de antemano me felicito, conde.

—Llamadme Lezama a secas, porque a veces tengo hartura de tanto “conde” por aquí y “conde” por allá. Nuestros títulos nos los ganamos a diario, y no por cuna, ¿no es cierto, Olivares? Vos mismo sois un vivo ejemplo de lo que estoy diciendo. Os apodan “El Lince” porque tenéis, mente aguda, aunque cerréis mucho los ojos. Será seguramente porque cuando los abrís es porque ya veis claro.

—Ignoro dónde conducís la nave, Lezama, pero os escucho con extremada atención.

—Dijisteis, cuando por primera vez nos saludamos, que gustabais, en determinadas ocasiones, de oír hablar con claridad. Y vengo dispuesto a hablaras con una claridad rayana en el delirio. ¿Os place?

—Me place—dijo Olivares, si bien secamente, con un esbozo de fría sonrisa.

—Estáis tejiendo una tela de araña para capturar en ella al bandolero caballeroso llamado “Pañuelo Negro”. ¿Tenéis bastantes hilos?

—Los suficientes para no desesperar.

—¿Y si yo os proporcionara aún más tela?

—No haríais más que cumplir con vuestro deber.

—No trago.

La vulgar respuesta del “Pirata Negro” produjo en Lucientes y D´Arsonval, mudos testigos del duelo verbal, una sonrisa de complacencia. En Lorenzo Olivares, pese a haber comprendido perfectamente el significado del desplante, produjo un cierto envaramiento del torso.

—Os agradecería aclararais el sentido de vuestra réplica.

—Vengo a pactar con vos claridad absoluta; por tanto, eliminemos de nuestro diálogo, que quizá los vecinos acontecimientos que se preparan nos obliguen a interrumpir, cuantas vaciedades se estilan al uso de falsarios e hipócritas. Tengo yo también mis informes sobre vos, Olivares, de los cuales desprendo que, a más de ser tenaz y talentudo, sois un hombro de honor.

—De vuestros labios es doble el elogio, Lezama, ya que no sois parco en proclamar que el honor es muy relativo en la mayoría de la humanidad.

—Concretando, Olivares: ¿seguís colocando por encina de todo el detener a “Pañuelo Negro”?

—Indudablemente.

—Voy, pues, al grano. ¿Qué preferís? ¿Medir nuestras fuerzas o unirlas? Contestad con la misma claridad que os hablo, ya que eso os gusta, según afirmasteis.

—Naturalmente, deseo unir mi esfuerzo en busca de lo que ignoro, a vuestro perfecto conocimiento de la personalidad de “Pañuelo Negro”. Os dije que lamentaría tener que enfrentarme con vos..., si, como presumo, “Pañuelo Negro” es alguien de vuestro grupo familiar.

—No será preciso enfrentarnos, Olivares, si, como espero, sabéis valorar con talento. ¿Queréis saber quién es “Pañuelo Negro”?

—¿Y vos pretendéis desorientarme aún más?

—No tal. “Pañuelo Negro”—y Lezama volvió el rostro—es este caballero—y señaló con el pulgar a Lucientes, que, aunque extrañado, sonrió asintiendo.

Una pausa de silencio siguió, mientras, imperturbable, Lorenzo Olivares contemplaba fijamente al Pirata Negro, que añadió, también señalando con el pulgar a Gastón d´Arsonval:

—Y es también este caballero. Y este otro—y se tocó con el

mismo pulgar el pecho—. Y van tres.

—¿No falta alguno?—inquirió Olivares, cerrados los párpados.

—Y también lo es Frasco Zarzales, un magnífico ejemplar de aventurero con española hidalguía.

—Entonces, tal como empezaba a imaginar por ciertas contradicciones, puedo suponer que “Pañuelo Negro” es, en realidad, la unión de cuatro espadachines, empleando por turnos la máscara para desorientar las pesquisas.

—Tal vez así sea.

—No os comprendo, conde Ferblanc. ¿Con qué intención me hacéis esta revelación?

—Porque se aproximan quizá acontecimientos que me obligan a sacar partido de ellos. No me interesa que “Pañuelo Negro” vaya al patíbulo, por razones superfluas de enumerar.

—¿Lo tomo como reto, señor conde?

—No tal, señor “Lince”. Suponed mejor que yo os doy en esta partida veloz el as de espadas con sus cuatro esquinas, que somos en uno los componentes de “Pañuelo. Negro”. Tenéis, pues, un triunfo a vuestro favor: mi propia declaración, que no pienso rectificar, si el caso lo precisara, ni ante el virrey. Ahora, pensad dos cosas bien evidentes: si hago esta confesión, es porque confío en que vos sabréis comprender que es con muy fundada razón.

—Que ardo en deseos de oír.

—Podríamos haber continuado desorientándoos, Olivares. Nos era fácil. Estaríais tras un “Pañuelo Negro”... y os surgiría otro, y así sucesivamente.

—Hace escasamente una hora tuve ante mí a “Pañuelo Negro” en la presencia desenmascarada de Frasco Zarzales. Escapó. Fué cuando empecé a pensar que parecía como si Frasco Zarzales tuviera especial empeño en que se supiera que era él. Y pensé en la posibilidad de una conjura entre varios caballeros para encubrir al principal..., ¡que no habéis citado, señor conde!

—¡Ah! Pero ¿queda otro todavía? —fingió extrañarse Lezama, alerta.

—Vuestro hijo.

—¿Cheij? Calumniáis al chacal. El buen mozo sólo piensa en su próxima boda.

—Me refiero a Humberto de Ferjus. ¿Reís como si acabara de

decir una sandez? ¿No dijisteis que íbamos a hablar claro?

—¡Trato hecho! Admito que mi hijo Humberto es el primero y legítimo "Pañuelo Negro". No os pido pruebas, ni las quiero. Basta con que lo afirme yo, que soy el padre de la criatura. ¿Vamos a decírselo así al virrey? Vos tenéis la palabra cantante.

Lorenzo Olivares manifestó ahora su evidente sorpresa.

—Perdón, señor Lezama. Os sé estridente y poco vulgar. Pero ¿os dais cuenta de la gravedad de cuanto acabáis de confesar?

—Perfectamente.

—Vuestros propios cómplices están asombrados.

—Y más lo estáis vos. Me despepita intrigar y sorprender, querido amigo. Pese a llevar muchos años a cuestas, me conservo juvenil y juguetón, porque siempre soy un iluso. Creo en la paz entre los hombres de buena voluntad.

—Pero cuanto acabáis de decir significa el patíbulo. No puedo deducir más que una consecuencia. Habéis venido dispuesto a retarme a duelo.

—¿Yo pelear con vos? ¿Para qué?

—Encubrir a vuestro hijo, cosa natural, pero que no me impediría cumplir con mi deber, mientras esté en pie.

Rió Lezama sin burla, casi cordialmente.

—Bien, Olivares. Por mí, continuad en pie. Pero... echad un vistazo a la sala... Todos se divierten, viven tranquilos... Hay muchas damas honestas y recatadas divirtiéndose en la reunión... ¿Merecen el patíbulo? No, ¿verdad? Y, sin embargo, les espera una muerte atroz, a todos, desde el virrey hasta el último lacayo.

—Os creo amante de chanzas fuertes, pero no de tal calibre. ¿Acaso queréis indicar que la opresión de la atmósfera presagia un terremoto?

—A lo más, cercana tormenta. Lo que presagia, y con mucha certeza, es una muerte atroz para cuantos aquí dentro están.

—No os entiendo; pero ¿qué tiene eso que ver con mi conocimiento de la banda de "Pañuelo Negro"?

—Si nosotros somos esa banda, perdonados nos sean nuestros leves pecados, a cambio de la vida de cuantos allí dentro están. Este es el pacto. Tenéis mi palabra de que nunca más se oirá hablar de "Pañuelo Negro". Vos diréis que ha muerto.

—¿Por qué voluntariamente he de faltar a mi deber?

—Porque vos el primero, y después el virrey, reconoceréis mucho más beneficioso no sólo la muerte de “Pañuelo Negro”, sino el total exterminio de los montañeros.

—¿Cómo decís?—Y sobresaltóse Olivares, perdida toda impasibilidad.

Rió Lezama.

—¿Cómo, mi querido amigo? Vos que habéis planeado todo, vos que como jefe de policía, habéis adivinado la proximidad de los montañeros y salváis a Latacunga de una noche trágica, ¿no sabéis que los montañeros se acercan al Teatro Real?

—Os ruego encarecidamente, ante la gravedad de lo qué insinuáis, que os dignéis esclarecer para mi entendimiento, al igual que lo habéis hecho con “Pañuelo Negro”, lo que a los montañeros atañe.

—Desde la alta torre del teatro he despeñado a un montañero, aunque no pude impedirle hiciera señales a los que estaban lejos aguardando la señal. Ha sido preferible. Los montañeros deben estar aproximándose, confiando asaltar y asolar este edificio, exterminando todo su contenido.

Dió Olivares muéstrate de agitación.

—Entonces, señor, ¿a qué esperáis para dar la voz de alarma y partir a todo galope a reunir las fuerzas del Tercer Tercio, cuyo coronel sois?

—La alarma alarmaría a los montañeros que regresarían de nuevo a su incógnito punto de origen, siempre trashumante. Concretamente: el Tercer Tercio está ya convenientemente apostado, para exterminar, sin dejar uno solo, a todos los montañeros. ¿Veis lo que os propongo? Vos anunciaréis a la distinguida concurrencia que si oyen ruidos de combate que no se alarmen, ya que vos, enterado que los montañeros acudían, me avisasteis, y el Tercer Tercio defiende el Teatro Real. ¿La extinción de la vil muerte errante que son los montañeros, no vale en todos los conceptos el olvido de “Pañuelo Negro”, que ya no reaparecerá?

—Acepto, y os lo agradezco, señor conde—dijo Olivares, saludando con breve inclinación del busto—. Vos no me ofrecéis un canje, puesto que ya, sin esperar mi decisión, tomasteis las medidas pertinentes para evitar un horrendo final a esta fiesta. Pero hay algo que no acepto.

—¿Y qué es?

—La gloria de haber descubierto y exterminado a los montañeros os pertenece por entero. No quiero aparecer como salvador, puesto que yo estaba tan ignorante como los demás de lo que se avecina.

—Vos y yo estamos ahítos de gloria, mi buen amigo. Además—y rió alegremente Lezama—, si resulta que por azar he descubierto a los montañeros, ¿cómo diablos ante el virrey podría seguir siendo el hombre incapaz de descubrir a “Pañuelo Negro”? Estamos ya unidos, Olivares. Id, pues, a comunicar al virrey que vos habéis sorprendido a un montañero que hacía días vigilabais, y que, avisado yo, el Tercer Tercio está a la espera y exterminará hasta el último de los montañeros. Y lo podéis decir sin temor a ser desmentido, puesto que siempre los montañeros han atacado todos juntos, y no por secciones... ¿Pacto?

La diestra que tendía Lezama fué estrechada con vigor por Lorenzo Olivares.

—Señor conde, ha muerto “Pañuelo Negro”. Lo comunicaré así al virrey. Tengo también inventiva, y supondré que el cadáver destrozado y comido por los buitres yace en cualquier cañada. Y a la vez, la grata nueva de la exterminación total de los montañeros será grandemente festejada por todo el continente.

Fué a la media hora de esta conversación, cuando, a todo correr, un oficial llegó a la galería de las cuadros donde juntos estaban Lezama, Diego Lucientes y Gastón D´Arsonval.

—¡Mi coronel! Se aproximan los montañeros.

—Me place. A por ellos, pues, que son reptiles, y no hay que dejar ni rastro. Señor teniente: el Tercer Tercio se enorgullece de estar a punto de aplastar a los montañeros.

El teniente saludó, rígido:

—El Tercer Tercio se enorgullece, señor, de teneros por coronel.

CAPÍTULO V

El indeciso

Pierre Brigand, espoleando con furia su caballo, acercóse a todo galope hacia la zona circundante del Teatro Real, donde las cerradas descargas, los relinchos de muerte de los caballos y la gritería de cientos de voces, anunciaba que el combate entre montañeros y soldados hallábase empeñado con rápida y sañuda agresividad.

Pero el francés frenó repentinamente su caballo, encabritándolo y haciéndolo entrar de un salto en la cercana frondosidad.

Aquello no era un combate. Era un exterminio bien planeado. Cogidos entre cuatro líneas de fuego, que a intervalos disciplinados restallaban, los ciento tres montañeros del grupo Occidente, bajo aquel fuego graneado y certero, caían con sus caballos en masas confusas, que mutuamente se estorbaban el menor movimiento.

Pierre Brigand no necesitó más que una ojeada para comprender que no iba a sobrevivir ni uno de sus montañeros. Ya en compacta fila de ataque surgían en cuadro varios escuadrones de soldados que, espada en alto, acudían.

Los montañeros habían caído en celada bien dispuesta.

Meditativo, alejóse Pierre Brigand.

Pensaba en la última advertencia de Marcos Cortezo:

“Mátate, si caen más de treinta montañeros. Y donde te ocultes, te hallaré.”

Pierre Brigand era escéptico y no creía en los poderes mágicos que atribuían a Marcos Cortezo, el taciturno chileno.

Lo que fruncía su ceño no era el pensamiento de que su existencia estaba ya bajo la amenaza más o menos posible de una inexorable espada de Damocles.

Pensaba con creciente sospecha de que aquella emboscada sólo era posible por una traición. Alguien debía advertir a los españoles la cercana llegada de los montañeros.

¿Y quién podía ser sino Teresa de Samaniego?

Vino el francés a descabalgar junto a la mujer, que continuaba arrodillada, sosteniendo en su regazo la ensangrentada cabeza de Humberto de Ferjus.

Teresa de Samaniego entonaba con patética entonación una canción que en cierto momento oyó gemir a una madre abrazando a su hijo muerto.

Pierre Brigand, arrollada en su brazo izquierdo la brida del caballo, miraba con indecisión a la hermosa "sonámbula".

Ella tenía que ser la culpable del exterminio de los montañeros. No le importaba la muerte de aquellos seres bestiales. No le importaba tampoco el que ahora su vida estuviera en peligro, sujeta a la posibilidad de una extraña y mágica venganza.

Pensaba en la traición y en la mentira. Porque ella había mentido al decir que quería ir a escuchar la música del violinista. Le había mentido a él.

Y casi sentía un rencor físico, algo semejante a celos de enamorado. Lentamente su diestra descendió hacia la guarda de su espada.

Ella seguía como ausente...

La diestra desenvainaba ya a medias la espada, cuando Pierre Brigand, en uno de los característicos cambios de su indeciso talante, envainó en seco golpe.

Matar no le aquietaría. Necesitaba saber. Necesitaba averiguar qué posible relación existía entre el violinista y Teresa de Samaniego.

Inclinóse, y su misma diestra, que instantes antes se disponía a matar a Teresa, acarició los larguísimos cabellos negros de la infeliz.

—Calla, hermana. Tu fúnebre canción aumenta tu congoja. Calla.

Ella enmudeció, mirando con ojos empañados en lágrimas y alta la cabeza al que la hablaba.

—¿Tanto te apena la herida de este hombre?

—Era bueno. Me quería llevar a su casa, con su familia. Y para

mí iba a tocar en el violín que nadie oyó... Era bueno.

Bruscamente se arrodilló Pierre Brigand, y con frialdad palpó el cráneo de Humberto de Ferjus. Enderezóse de nuevo, sangrientas las manos.

Y atando el caballo a un árbol próximo extrajo del envoltorio de la grupa varios saquitos.

Uno de ellos contenía hierbas balsámicas, de efectos rápidamente cicatrizantes. El otro, hilas maceradas en alcohol. Y el tercero, una raíz de árbol, cuya savia obraba como el mejor y más poderoso cordial reanimador.

Acercóse mostrando los tres saquitos a su compañera, que continuaba sosteniendo en su regazo la cabeza del desvanecido.

—Sabes lo que esto es, hermana. Este joven no está muerto. Puede curar. Puedo curarlo. Si lo hago ahora mismo, vivirá. Si lo abandono, morirá.

—¡Cúralo, Pierre!

—Lo haré si me prometes dos cosas.

—¡Prometo!

—¿Le hablaste de los montañeros a ese herido?

—No. ¡Lo juro!

—Bien. ¿Y dónde dices que iba a llevarte?

—A casa de su familia.

—¿Y por qué ibas con él?

—Porque pensaba que allá le hablaría de ti, que eras mi buen hermano, y que también tú necesitabas un cambio de vida.

—Bien. Curaré a este hombre. Pero recuerda bien que soy tu hermano, que te rescaté de los montañeros y que íbamos hacia el puerto para huir de Marcos Cortezo. Y que si estabas en el Teatro Real era porque la música te deleita. ¿Lo has entendido bien todo?

Ella afirmó con energía, sonriente, porque las ágiles manos de Pierre Brigand iban primero restañando la sangre, aplicando las hierbas, envolviendo en hilas el emplaste curativo y en introducir entre los dientes de Humberto de Ferjus la corteza cuya savia, al destilar su benéfico poder, reanimaría al herido.

—¿Te dijo él dónde vivía?

—Allá.—Y señaló ella una casa señorial rodeada de jardines.

—Bien. Salgamos de esa carretera. Esperaremos allá, lejos de toda posible mirada, a que tu joven amigo se reponga.

Levantó Pierre Brigand entre sus brazos el cuerpo inanimado.

—Trae el caballo, hermana. Y sígueme.

En el talud del pequeño sendero que atravesaba el bosquecillo depositó Brigand al herido.

Creía en las palabras de Teresa, pero necesitaba cerciorarse. Y nadie mejor que aquel joven para cuando recobrara el sentido, aclarar sus dudas.

Ya no se oía el menor ruido después del fragor del rápido combate, y los alrededores del Teatro Real volvían a estar a obscuras.

Pierre Brigand acercóse a Teresa de Samaniego, que estaba atando el caballo.

—Ten Cuidado, hermana. Si este hombre o su familia supieran que yo soy montañero, me matarían.

—¡No! ¡No te matarían!

—Sí... Prométeme, pues, que no lo sabrán.

—No lo sabrán.

—Ahora, vete junto a él. Yo me quedo aquí.

Permaneció Pierre Brigand en la penumbra, mientras ella, apresuradamente, sentábase en el talud, abrazando a medias el busto de Humberto de Ferjus, reclinando su cabeza contra su hombro y con el brazo libre agitándolo en el aire para abanicar.

Una extraña mordedura resintió Pierre Brigand en un lugar indefinible de su pecho. La solicitud cariñosa de Teresa de Samaniego hacia aquel desconocido le zahería.

Permaneció invisible, alejado unos pasos a espaldas de la pareja. Y oyó perfectamente la exclamación de alegría de la mujer:

—¡Humberto!

Una voz al principio insegura y progresivamente afirmándose, fué diciendo:

—Teresa... ¿No te sucedió nada?—Y la pausa de silencio fué colmada por un gesto negativo de ella. —Me duele la cabeza... No tuve tiempo de defenderme... Pero nada nos ha pasado... Te veo junto a mí... Tan pronto pueda ponerme en pie... iremos a mi casa... No te estremezcas, Teresa... Allí estarás segura...

Pierre Brigand tenía sus dudas acerca de Teresa. Pero repentinamente adquirió una certidumbre: aquel muchacho estaba enamorado. Lo percibía en la voz y en la mirada que el herido

dedicaba a la que con pueril regocijo afirmó:

—Iré a tu casa, Humberto. Y vendrá mi hermano.

—¿Tu hermano?

—Él te curó.

Pierre Brigand salió de entre las sombras. Inclinóse levemente.

—¿Os encontráis mejor, caballero? Soy Pierre Brigand. Teresa me llama y considera hermano, porque tuve la fortuna de rescatarla de entre los montañeros.

Humberto de Ferjus, vacilante, intentó ponerse en pie. Lo consiguió gracias a apoyarse en el hombro que, doblando las rodillas, le presentó Pierre Brigand.

—Os agradezco, señor, vuestra solicitud. Tened a bien consideraros invitado en mi casa.

—Subid en mi caballo, caballero. No estáis en condiciones de andar. Teresa y yo iremos a pie. Poca es la distancia… y hemos andado mucho.

Ayudado por el francés, montó Humberto de Ferjus. Cuándo, portando la brida, llevaba Pierre Brigand andando unos treinta metros, mientras atrás caminaba Teresa sosteniendo en su diestra la pendiente mano de Humberto de Ferjus, éste anunció:

—Aquélla es mi casa y la vuestra.

—Hay soldados en la verja de entrada—dijo Brigand, deteniendo el caballo.

—La guardia de honor del Tercer Tercio, del cual mi padre es el coronel.

—¡Ah!—replicó, lacónico, Brigand,

—Seguramente habréis oído hablar de él. Mi padre es el conde Ferblanc.

Pierre Brigand pestañeó. Pero siguió andando. Habían muerto todos los montañeros de su grupo. Y no sería Teresa la que dijera que él era uno de las cuatro tenientes de Marcos Cortezo.

CAPÍTULO VI

Llaneza

Cuando ya no quedaba en vida ni uno de los montañeros que, disponiéndose a sembrar la muerte, la habían encontrado esperándoles, y los oficiales retirábanse al frente de sus soldados del Tercer Tercio, el Pirata Negro contempló a los pocos que quedaban, encargados de la tarea de ir amontonando los cadáveres para ser transportados en carretas.

Junto a él vinieron Diego Lucientes y Gastón d´Arsonval.

—Un hermoso fuego de artificio para amenizar la velada— comentó Lezama—. Vayámonos a casa. Resultaría enojoso para nuestra reconocidísima modestia tener que apabullarnos bajo la avalancha de plácemes y felicitaciones de los que pueden seguir bailando gracias al Tercer Tercio...

—Gracias a ti, hidalgo. Has matado dos pájaros de un tiro. Montañeros y “Pañuelo Negro”.

—Tres, mejor—añadió D´Arsonval. —Ahora “El Lince” es entusiasta admirador de nuestro caballero generoso.

El rodar de las “erres” del belga causaba gracia a Lezama, Disponíanse a montar en sus caballos, cuando un jinete se aproximó.

Frasco Zarzales dióse a conocer desembozándose por un instante de la capa y volviéndose a cubrir la parte inferior del rostro, ya sombreado por el ancho chambergo.

—Buenas noches. Oí mucho jolgorio, y acudí.

—Tarde para el jolgorio, amigo— rió Lezama—. Y no te cubras tanto, porque el calor abruma. ¿Cuándo diablos estallará ya de una vez la tormenta? Ven acá, sevillano... Mientras nos vamos a cenar, que bien ganada tenemos la pitanza, déjame felicitarte por tus

jugueteos con “El Lince”. Pero ya no es necesario te encubras.

Y fue explicando Lezama el pacto al cual había llegado con Lorenzo Olivares.

—Entonces—afirmó Zarzales a modo de comentario final—, ya sólo nos queda a Gastón y a mí terminar con los montañeros

—Tampoco. Han quedado todos en el campo. Ellos eran los puntos a quienes iban destinados los fuegos de artificio de los soldados del Tercer Tercio. Tenían orden de no dejar el rabo a ninguno, porque con esas bestias inmundas sólo el exterminio es el medio de razonar.

Supieron Gastón d´Arsonval y Frasco Zarzales lo que quería significar Diego Lucientes cuando se refería a la “llaneza” del Pirata Negro, al ser presentados por éste a las cuatro personas que estaban reunidas en el salón de la casa del coronel Lezama:

—Mireya, mi dulce encanto y tormento de esposa. Tienen el honor de besar tu bella mano los caballeros Gastón D´Arsonval y Frasco Zarzales, dos magníficos capitanes del ideal, porque acuden a dominar cuanto desafuero surge. Y esta damita que sonríe embobada mirándonos a todos nada tiene de tontuela. Si acaso lo parece ahora, es que acabamos de arrancarla al suave veneno embriagador de las palabras de su novio. Ella es Gabriela, Gaby, la única obra sensata de Diego Lucientes. Y él... él es mi chacal, Cheij.

Cheij sonrió, acercándose a estrechar la mano de los dos hombres. Y rió al unísono con Frasco Zarzales, cuando éste dijo:

—Tenéis buenos músculos, Cheij... No pude escapar[3].

—Mi trabajo me costó conseguirlo, capitán Zarzales.

El Pirata Negro señaló a “Cien Chirlos”, en pie tras el sillón ocupado por Mireya de Ferjus.

—Y este arrogante tigre que siempre en mis ausencias vela por mis tesoros, es don Marcelo, cuya solidez de músculos también conocéis. Bien; ahora, mi buena gente, estimo muy conveniente sentarnos a comer. Estamos todos en familia; conque a la pata la llana, señores míos. Dejémonos de cumplidos. Pero... ¿y mi otro cachorro?—preguntó Lezama, mirando a “Cien Chirlos”.

—Tu esposa, mi señora—dijo “Cien Chirlos”—, no pasa ningún cuidado porque Humberto salió a pasear con un buen amigo suyo.

—¿Quién era? —Y este arrogante tigre que siempre en mis ausencias vela por mis tesoros, es don Marcelo, cuya solidez de

músculos también preguntó Lezama.

—No lo sé Carlos—dijo Mireya—. Pero seguramente no tardará.

Charlando en espera de que fuera anunciada la cena, transcurrió una media hora. De pronto irrumpió corriendo "Cien Chirlos", que frenó como si se arrepintiera de su llegada intempestiva.

La mirada interrogante del Pirata Negro le cohibió, al igual que sus palabras:

—Dije que "a la pata la llana", don Marcelo, pero no hablé de que te dedicaras a galopar como si te persiguieran avispas.

Torció la cabeza el viejo pirata para hacer un guiño espantoso. Supo interpretarlo Lezama, que se levantó.

—¿Algún mensaje? Vamos allá.

Y, ya fuera del salón, preguntó:

—¿Qué?

—En el jardín Humberto, coa la cabeza vendada, acompañado de dos que me ha dicho son hermanos y le salvaron. No quise alarmar a tu esposa, mi señora, y...

Pero ya en veloces zancadas estaba Lezama en el rellano.

Con ansiedad vió acercársele a Humberto de Ferjus, apoyado en dos hombres.

—No es nada, padre...

—Muerto no estás, ya que hablas. ¿Qué pasó?

Lezama aun no había mirado a los dos acompañantes de su hijo.

—Teresa y yo salimos. Por el camino vimos pasar soldados. Después, seguimos andando y creíamos que eran más soldados los que se acercaban, pero eran unos jinetes con lanza... Uno de ellos me dió con el regate, por sorpresa... Gracias al caballero que me atendió, la herida no tiene ya gravedad. Te presento a Teresa y al señor...

—Pierre Brigand—saludó el francés.

El Pirata Negro saludó con el busto a los dos personajes. Supo dominar su sorpresa al ver la casaca de dorado resplandor de la llamada Teresa, que vestía ropas masculinas.

—Los he invitado, padre. Es largo de explicar...

—No expliques. Te conviene tenderte. Tus amigos son mis amigos. Y en nombre de mi hijo, les ruego acepten mi hospitalidad. Mañana, cuando todos hayamos reposado, podrás entonces explicar cuanto quieras, Humberto. ¡Ambrosio!

El pirata navarro acudió veloz.

—Advierte a tu esposa que le prepare inmediatamente alcoba a la señora, y la acompañas tú mismo. Parecéis fatigada, señora... ¿Queréis os sirvan la cena en vuestra habitación?

Teresa de Samaniego iba a contestar, pero la voz se truncó en su garganta, y sollozando se apoyó en Humberto de Ferjus.

—Está rendida de fatiga y emoción...— intervino Pierre Brigand —. Excusadla, señor conde.

—Ella es quien debe excusarme, por ser tan torpe que la retengo aquí en pie.

—Lloro...de alegría, caballero...—dijo ella entrecortadamente— Me parece volver a mi mundo... Resucitar... Perdonadme, pero...

Llegaron al mismo tiempo Pierre Brigand y el Pirata Negro. Entre los brazos de los dos cayó desvanecida Teresa de Samaniego.

—Está delicada, doliente...—explicó Pierre Brigand—. Si me permitís, señor conde, yo la llevaré. Hace años vengo haciéndolo...

Quedó ella tendida en suntuoso lecho de alcoba de huéspedes. Le velaba Carmen, la doncella esposa de “Pencas”.

Pierre Brigand alegó cansancio, para retirarse a la habitación que le había sido destinada.

Humberto de Ferjus aguardaba en su habitación la llegada de su



—Estoy algo atontado...

padre. El Pirata Negro, al extremo del largo corredor, limitóse a advertir a “Cien Chirlos”:

—Tú y los otros, por turnos, ojo a esos dos huéspedes. No sé quiénes son. Vigilad sin ser vistos.

Humberto dejóse caer en el lecho, al entrar el Pirata Negro.

—Estoy algo atontado, padre—sonrió.

—Eso me pasa a mí cuando me cascan la cabeza, pero no te asombres. Te irás acostumbrando a la idea de que tenemos muy dura la piel del cráneo. Se agrieta, pero no so raja. Bueno, cachorro, habla si no te ha de perjudicar.

—No sé por dónde empezar, padre.

—Yo suelo tener la tonta costumbre de empezar por el principio. Imítame ese vicio.

—Es que es... ¡es tan hermoso!...

—Oye, violinista de mis entretelas. Los golpes en la cabeza no enloquecen más que a los débiles de seso. Y tú eres un talento de mozo. Pero no me consideres un verdugo, si me extraña verte desaparecer, diciéndole a tu madre que vas con un amigo, y luego aparecerme con la cabeza hecha cisco y dos acompañantes, uno con cara de amargado y el otro resultando ser una bella damisela

lánguida.

—¡Qué hermosa es! ¿Verdad, padre?

—¡Tate!... ¿Hace tiempo que conoces a Teresa? Lo digo porque como hasta hoy fuiste un pozo de reserva...

—La he conocido esta noche.

—¡Ah!... Mira, cachorro, procura contarme las cosas ordenadamente... ¿Quién es ella?

—No lo sé, padre..., pero, si no te opones..., será mi esposa.

—¡Tate!—Y el Pirata Negro vino a sentarse junto a su hijo, que tendióse de espaldas, cerrando los ojos. —No os preciso que te pongas colorado para decirme que ya has encontrado un violín vivo. Ni pienses que me extraña tu rápido enamoramiento.

—Tú decías que para morir basta un segundo, y que morir era lo más serio que podía sucederle a alguien. Y decías que por esto mismo nada de particular tenía que en un segundo sintiera uno lo que era amor.

—De acuerdo. ¿Qué más, cachorro?

—¡La quiero, padre! Ahora me doy cuenta de lo que me pasa. Su voz me estremecía, su mirada me daba desasosiego, y una dulce zozobra me invadía al ella sonreírme. ¿Te ríes, padre?

—Abre los ojos, buen mozo. ¿Reírme yo de tu primer amor? Cuanto dices me gusta. Pero también a la llana te digo que necesito más explicaciones. ¿Cómo la conociste?

—Fué hermoso... Mientras tocaba me di cuenta que una mirada intensa no se apartaba de mi rostro.—Y rió Humberto. —Me intrigaba, porque aquella mirada fervorosa, de espiritual alejamiento, era la mirada de un hombre. Ella con sus ropas masculinas. Pensé al principio que se trataría de un melómano. De un admirador del arte de expresar con música la hondura de los más variados sentimientos que la palabra no basta para describir. Pero había algo de alucinamiento en la mirada del desconocido. Y una indefinible atracción, en aquel rostro enmarcado por larguísimos cabellos intensamente negros cuyas ondas naturales se desparramaban sobre las espalderas de la rígida casaca de color dorado.

Humberto de Ferjus hablaba con éxtasis de iluminado.

—Y cuando terminé deseaba que se me acercara el desconocido a felicitarme, pero no lo hizo. Fui al palco, y entonces el extraño

melómano me saludó con una sonrisa fugaz, cautivadora, fascinante. Yo sólo sabía que quería oír su voz. Fui diciendo, al marcharme, que iba a saludar a un amigo. Y no le mentí a madre, porque me parecía que conocía a aquella persona de toda mi vida. Y ella me habló para decirme que la acompañara y que quería hablarme a solas. Su voz era prodigiosamente suave, tenue, bien modulada...

—Arpegios.

—Eso es, padre. Arpegios que despertaron en mi alma un eco nuevo. Yo, padre..., nunca me fijé en mujer. Soy muy joven...

—Maduraste mucho y antes de tiempo, Humberto. Entre nosotros, te diré que mi primer amor me apareció teniendo yo quince años... Ella tenía doce, y terminó nuestro idilio, porque al negarme yo a traerle un nido de pájaros, me rompió una muñeca sobre la cara.

—Eso es distinto, padre... Teresa será mi esposa.

—Sigue.

—Salimos al exterior. Ella me dijo que quería conocerme, porque mi música había despertado en ella ecos de antiguas bellezas. Me dijo que no le preguntara la razón por la cual vestía ropas masculinas.. Me dijo que se llamaba Teresa y me preguntó mi edad. Y yo...

—Te añadiste unos cuantos.

—¿Cómo lo adivinaste?

—Porque lo mismo hacía yo a tu edad.

—Contigo, padre, todo me resulta fácil y espontáneo. Le dije a Teresa que tenía dieciocho años, y ella me replicó que tenía, pues, siete años más que yo. Pero ¿qué importa, padre?

—¿Es que he protestado yo, cachorro? La edad..., a vuestra edad, no cuenta. Sigue.

—Ella no hablaba con mucha claridad, pero yo la comprendía.

—La cara no es el espejo del alma, Humberto...—rió Lezama—. Si tengo cara de bruto, es para disimular... Procura decirme lo más exactamente posible lo que ella te dijo.

—Que me consideraba un amigo, que deseaba hallar la recóndita armonía que antaño cantaba en su alma, y se había apagado. Que me consideraba un alma gemela, porque mi arco sabía decir lo que su alma sentía antaño, y que yo podía devolverle

la vida. Que le había costado mucho el poder venir... Había mucha melancolía en su semblante, y yo, para atajar posibles confesiones dolorosas para ella, la dije que nada quería saber.

—Galantería espléndida, pero que nos deja a veces a obscuras, cachorro. No le pidas nunca cuentas a una mujer de su pasado, pero si ella espontáneamente te se brinda a contar, no la detengas, que a lo mejor es ocasión que no se repite.

—Ella dijo que unos hombres malos iban a venir... Me hacía el efecto de una niña asustada. Exclamó que no nos veríamos más..., porque los hombres malos bajarían de las montañas...

El Pirata Negro escuchó con duplicada atención.

—Me dijo que era prisionera y que no tenía familia. Que una muchedumbre de malvados la rodeaba siempre, y que no la mataron porque un hombre que la quería como a una hermana la defendió y la defendía siempre, y que fué él quien consiguió que la dejaran venir con el espía que debía hacer las señales. Repitió con espanto que había oído a los seres malvados que esta noche iban a venir con sus negros caballos de la muerte, y empezó a llorar desconsoladamente. Entonces le dije que no temiera nada, que viniese conmigo aquí, que estaría protegida. ¿Hice bien, padre?

—Hiciste lo que todo hombre de honor hubiera hecho ante una infeliz que pide amparo. Muy bien, cachorro, sigue.

—Le dije... Bueno, le dije que tú eras el más...

—Gracias muchas. Me lo supongo. Que yo era un apóstol. ¿Qué más?

—Pero ella se negó a venir, sin estridencias, reposadamente, como si renunciara para siempre a una calma feliz. Dijo que era la condesa de Samaniego y que cuantos, la amaron murieron trágicamente... Que llevaba el mal por donde iba... Y yo acerté al decirle que viniera para oír los arpegios de un violín, que nunca tocaba más que para mí mismo. Empezamos a andar, cuando oímos un galope acercarse. Nos escondimos, porque ella exclamó temblorosa que eran ellos, los jinetes de la muerte. Pero eran tus soldados. Pasaron muchos... Seguimos después andando. Me dijo ella que yo la trataba como a una niña, y eso que era ella mucho mayor que yo, porque tenía veinticinco siglos de amargura... Que odiaba a los hombres, porque eran brutales y malos... Todos menos yo y Pierre. Le pregunté quién era Pierre... Me replicó que su

hermano, el que siempre la había defendido... Estábamos ya a unas dos leguas de casa, cuando oímos el rumor de muchos caballos. Creímos que eran soldados... Recibí un golpe en la cabeza por un jinete armado de lanza... y ya no recuerdo más... Cuando desperté, ella me abrazaba y sostenía, y un individuo, su hermano, me había curado, evitando que me desangrara.

—Y bien curado. Bálsamo de hierbas, hilas, y en tus labios hay el color morado de la savia de "hyeraz".

—Vinimos hacia acá y... eso es todo, padre.

—Descansa ahora. Y ya mañana, hablaremos todos juntos.

—Padre... La quiero por esposa.

—¿Y a mí qué, cachorro? Comprenderás que el "sí" de mis bellos labios lo tienes ya. Y el "sí" de ella, lo sabrás conseguir. Duerme ahora, mientras yo tranquilizo a tu madre. Le diré que te caíste del caballo, ¿no te parece? Y que estás cansadísimo.

—Gracias, padre. Tú eres tan sencillo y hablas tan llanamente, que todo me parece fácil.

—Todo lo es, hijo, cuando hay buena voluntad. Buenas noches.

Al salir, cerrando tras él la puerta, Carlos Lezama trataba de aclarar varios puntos: Teresa de Samaniego, la que todos daban por muerta en el baile de los piratas, de Valleparaíso, aparecía en el Teatro Real.

Acompañaba a un espía de los montañeros... ¡Y el que decía llamarse Pierre Brigand era, pues, un montañero!

Vió a Juan Pérez, vigilando por el corredor... Tranquilizado, descendió las escaleras. Abajo, un hombre que acababa de entrar le saludó con profunda inclinación respetuosísima.

—Vuestro siempre rendido admirador, conde.

—Hola, maese—y Lezama, sonriendo afectuosamente, hizo un burlón saludo al hombrecillo enteco y de ojos miopes tras las antiparras.

Maese Alfredo Huarte, gacetillero creador de "La Voz del Hurón", era el hombre que con la pluma por espada arremetía contra el mal. Y por eso veía en el Pirata Negro la encarnación del héroe. Pero le tenía cierto temor.

—Vengo del Teatro Real, conde, y todos aclaman vuestro nombre. El señor Lorenzo Olivares, que ya me es simpático[4], autorizado por el virrey, ha hablado a todo el público alarmado por

los disparos. Les dijo que, gracias a vos, Latacunga se había salvado de la horrible tragedia. Que, gracias a vos, los soldados del Tercer Tercio estaban exterminando hasta el último de los montañeros. Y... ahora aquí estoy, señor conde. Vos sabéis que... tengo que escribir para mañana una crónica sobre este memorable suceso... y... os vengo a suplicar...

—Maese Huarte—y Lezama frunció la nariz—. Veo, o mejor dicho huelo, que seguís mortalmente reñido con el jabón.

—Será la carrerilla, señor conde. Vine corriendo y... sudo.

—Decid en vuestra crónica lo que se os antoje, pero resaltando

que, gracias al señor jefe de policía, pude alertar al Tercer Tercio y preparar lo que cualquier soldado supiera hacer: La emboscada en que perecieron todos los montañeros.

Miró un instante hacia el corredor que acababa de abandonar, y añadió:

—Sí, todos. No ha quedado ninguno con vida.

Marchóse Alfredo Huarte, denegando la invitación a cenar por causa del trabajo. Y llevaba en los oídos las últimas frases de su "ídolo".

"Cuidad, maese, de no prodigar vuestro ampuloso floreo dándome incienso. El mérito, para "El Lince", que a la llana os digo me merece amistad y admiración, porque es talentudo. Leeré vuestra crónica, y aunque sé que vuestro público exige ampulosidad, no abuséis..., o de lo contrario os vengo a buscar y vais a saber lo que es un baño con jabón de brea, ayudándome con un cepillo de cerdas de hierro, que no menos pide vuestra carnaza. Andad, maese... Apestáis, pero se os quiere, porque tenéis el alma muy limpia."

Entró Lezama en el comedor, donde ya estaban todos reunidos. Vino a sentarse junto a Mireya.

—Me place contar con dos nuevos familiares. Los señores aventureros del ideal, dieron a Humberto lección de virilidad que ha sabido aprender. A propósito, Mireya... Humberto se ha caído del caballo... ¡No abras las alas como una clueca empavorecida, encanto de mi vida! Quédate sentada, que eres el mejor adorno de la mesa, y sin ti no pruebo bocado... Nuestro Humberto duerme... Mañana le despertarás con besos glotones.

—Pero... ¿es... grave?

—¿Estaría yo comiendo? Un rasguño sin importancia. Pero hay otro rasguño que me preocupa más... Lo puedo decir aquí, porque todos sois de mi familia.

—¿Qué...? — musitó Mireya, asustada.

—¡Don Humberto quiere casarse!

—¡Oh!—exclamó ella, aliviada y a la vez asombrada—. ¿Con quién?

—Pues... con una dama. Y no es canza tonta. Debo decirlo, porque es que la dama en cuestión vestía de caballero..., como tu futura solía hacer, Cheij.

La "amazona" sonrió embelesada mirando a su prometido.

—En fin ya mañana hablaremos todos juntos. Amplia es la casa que me obsequiaron. Por lo tanto, vos, d´Arsonval...

—Pactamos que me tutearíais, Lezama.

—Recíproco. Tú y Zarzales descansaréis esta noche pacíficamente bajo este techo, que tiempo os quedará para caminar bajo las estrellas.

Una hora después de la cena, y cuando todos habíanse retirado a sus respectivas habitaciones, el Pirata Negro empujó la puerta tras la que se albergaba Pierre Brigand.

Halló tendido, pero, despierto, al francés, que se puso en pie.

—Hola, montañero. Mientras tus manos no se muevan, hablaremos. Tengo que decidir aún si vengo a matarte.

Pierre Brigand mostró una cínica sonrisa.

—¿También vos sois indeciso, Ferblanc? Creí que eso sólo era cualidad o defecto mío. No pienso acudir a armas, si con palabras nos basta. Y permitidme agradecer vuestra llaneza.

CAPÍTULO VII

La Hija del Terremoto

Los tres hombres reunidos en las habitaciones pertenecientes a Diego Lucientes, tenían de común la extravagancia de carácter. Después de la cena habían acordado discutir el futuro.

Y llevaba la voz cantante Diego Lucientes:

—Exterminados los montañeros, no tenéis en vista nada concreto. En esta casa todo será paz y gloria... cuando yo me vaya. Por lo tanto, no esperaré más que a asistir a la boda de mi tormento de niña. Después, los tres partiremos hacia el follón y la gresca, que para eso nacimos.

Y ahora percibióse la diferencia esencial en determinado punto. Frasco Zarzales era escéptico alegremente, como lo demostró desafiando el fantasma del capitán Kidd[5]. Diego Lucientes tenía ciertas supersticiones adquiridas en su vida marinera. Y Gastón d´Arsonval era netamente supersticioso.

—No debes proclamar con tanta seguridad el exterminio de los montañeros, Diego—replicó el belga.

—¡Repámpanos!... Bien viste como yo la matanza. No quedó ni uno.

—El jefe de los montañeros y sus tenientes tienen poderes mágicos. Miles de historias lo confirman.

—¡Bah!...—rezongó Lucientes incrédulo, pero empezando a sentirse molesto—. Parece mentira que un hombrachón como tú sea tan crédulo. Los muertos muertos quedan.

—¿No vimos con nuestros propios ojos, en el Teatro Real, a la condesa de Samaniego? Todo el mundo la dió por muerta, y sin embargo...

—Tendrá alguna explicación lógica —dijo Zarzales—. Todo

misterio no lo es cuando se averiguan las causas.

—Yo os digo que siempre ha parecido existir una alianza entre las incursiones de los montañeros y la agitación de los elementos. Hay como una misteriosa relación..., y en tierras chilenas aseguran que Marcos Cortezo y sus tenientes tienen extraños poderes, que han demostrado ante muchas personas. Por eso os digo que debemos estar alerta.

—¿Van a resucitar los montañeros?

—Cosas más raras se vieron entre esa gente. Y estoy recordando a la condesa de Samaniego, porque también era condesa la “Hija de los Terremotos”.

—¡Vaya!—protestó.Lucientes—. Ya nos vas a largar un cuento de miedo.

—Historias verídicas, que me son relatadas por gente aventurera, y que nos han de servir de enseñanza. Ojalá hayan muerto todos los montañeros, pero si uno solo ha quedado con vida, la maldición y las brujerías pueden estar amenazando esta casa.

—Ya será menos—dijo Lucientes inquieto.

Tendióse Frasco Zarzales en un lecho, cruzando las manos bajo la nuca.

—Creo haber oído esa historia de la “Hija de los Terremotos”. Pero el calor de esta noche no es anunciando terremoto. A lo más, una tormenta que tarda en reventar.

—¿Quién era la “Hija del Terremoto”?—inquirió Lucientes.

—Lo contaré, porque está estrechamente relacionado con los poderes mágicos de uno de los tenientes de Marcos Cortezo, un tal Chano Sáez.

—Que ha muerto hace unas horas.

—O que quizá ha sobrevivido.

—Se verá. Mientras, piquito de oro, cuéntame la terrorífica historia de la condesa “Terremoto”.

—No debes burlarte de esas cosas, Diego. Atrae el maleficio.

—Sois dos niños—dijo desde el lecho Zarzales, mucho más joven que los otros dos aventureros—. Ni burlas ni veras. Cuenta la historia, Gastón, porque tiene mucha miga.

Gastón D´Arsonval no se hizo rogar más. Quería influenciar a Lucientes transmitiéndole su creencia en misteriosos poderes de los montañeros.

Empezó afirmando que los echadores de la buena ventura de origen indio, sentados en las plazoletas de sus poblados, anunciaban en general, con algunos días de anticipación, los terremotos, poder adivinatorio que poseían muchos de los mestizas chilenos montañeros, y que les permitía preparar sus incursiones aprovechando aquellas agitaciones de los elementos.

Había temblores horizontales, que sólo eran eso, temblores, y otros verticales, que eran más temibles, constituyendo el seísmo conocido por terremoto. Y era cierto que los niños que nacían durante alguno de esos fenómenos, quedaban marcados para vivir un destino muy agitado.

La joven condesa Rosa de Villavicencio era la hija de un terremoto, ya que su nacimiento había tenido lugar durante una de esas frecuentes agitaciones.

Era una niña extraordinaria. Aunque pertenecía a una antigua familia española de Cuzco, tenía el tipo indio, y un misterioso rumor, que no podía demostrarse con fundamentos, le atribuía sangre del emperador inca Manco Capac. ¿Por qué extraña alianza hubiera podido aquella joven española descender de Manco Capac?

A los quince años componía versos en latín y en español, hablaba francés e inglés, y bailaba lats danzas rituales de las vírgenes sagradas, las que eran bailadas, en los templos del Sol, antes que Pizarro no hiciera su aparición con su rutilante coraza de conquistador.

Rosa de Villavicencio tenía los ojos de un azul obscuro, unas, manos pequeñísimas y vestía con ropas nunca vistas, que ella misma se confeccionaba inventándoles la forma. Era impaciente, reidora y mística.

A los quince años, cuando la casaron con el viejo conde de Villavicencio, era ya temida por toda la sociedad de Cuzca y de Lima por su espíritu cáustico.

Había invitado al prior y a loa monjas del convento de San Agustín, famosos por eruditos, a un torneo teológico, y sus profundos conocimientos asombraron a los monjes eruditos.

Poco, después organizaba un concurso de "guachamba" y "ondou", danzas vulgares, sólo bailadas por las muchachas de baja clase.

Un poeta, cuyo nombre se ha olvidado, se hizo famoso entonces

por recitar versos que ella había compuesto.

Mucha gente estaba enamorada de aquella poetisa extravagante, y era llamada la Cleopatra, sin Marco Antonio.

Era una época en que los temblores de tierra, pasando bajo loa ríos, establecían, de una cordillera a otra, misteriosas comunicaciones.

Rosa no se preocupaba de eso. El viejo conde vendía sus tierras y estaba convirtiendo en oro su fortuna de posesiones, porque proyectaba entrar en España. Y como era prudente, trataba a todo el mundo con igual cortesía, recibiendo a quienquiera fuera cortés.

Y por eso recibía a Bustamante, cuyos orígenes eran inconfesables. Bustamante había sido oficial, y continuaba vistiendo ropas militares. ¿Con quién luchó, y dónde rapiñó? Nadie lo sabía. Lo cierto era que cuando se le recibía en casa de los Villavicencio, era un hombre, gordo, muy plácido, y poseedor de la mayor fortuna del Perú.

Estaba enamorado de la joven condesa de Villavicencio, y silenciosamente esperaba su hora. Esta hora llegó, con ocasión de un terremoto.

Aquella noche el conde de Villavicencio tenía reunidos en su casa a los más conspicuos ciudadanos. Bustamante llegó algo tarde, diciendo que una tormenta se desencadenaba y que había estado retenido por el desbordamiento del río Guatanay.

Hubo quien pidió a la condena que recitara, y Rosa no se hizo rogar. Sin duda la inspiración la animaba, porque tomó una guitarra e intercaló bailes entre sus poesías.

Estaba, como siempre, revestida de extrañas ropas, de un carácter intermedio entre el persa y el hindú, y su éxito fué muy grande.

Pero unos clamores la interrumpieron. La casa se agitó sobre sus cimientos. Era una sensación conocida, por todos los asistentes, sensación a la cual resultaba imposible acostumbrarse.

La intensa sacudida tuvo lugar en el mismo minuto en el que Rosa, rasgando suavemente su guitarra, empezaba un pequeño poema delicado, en el que se trataba de un ligero sopla de viento sobre los ríos.

Algunas piedras pesadas se desprendieron estrepitosamente del techo, La sala se vació en un instante.

Pero la joven condesa despreciaba esas contingencias vulgares. Con una voz muy calmosa, continuó recitando y pulsando las cuerdas de su guitarra, con dedos qué no tenían ningún estremecimiento.

Cuando hubo terminado, miró a si alrededor. No tenía más que un oyente. Era Bustamante, que no se había movido de su sillón.

Al terminar ella, Bustamante, sin prisas, se levantó, la cogió entre sus brazos y la llevó al medio de la gran plaza, donde todos los habitantes de Cuzco esperaban bajo una lluvia feroz, ansiosos de saber si una nueva sacudida no acabaría de destruir su mansiones.

Un terremoto de tierra parecía siempre preceder a la aparición, desde puntos ignorados, de los montañeros. Un terremoto representaba para ello un elemento maravilloso favorable para el ejercicio de sus desmanes..

Por eso, en tales circunstancias, estaba ordenado que los rondines y los centinelas cantaran:

—¡Guardaos de los montañeros!

El conde de Villavicencio, aquejado desde mucho tiempo de una grave enfermedad del corazón, había caído desmayado en el centro de la plaza. Bustamante había corrido a ver lo que lo sucedía a su propia casa.

Rosa corría de una parte a otra, con su guitarra en la mano, buscando criados para hacer transportar el conde al convento de la Merced, cuando de pronto, a su lado, una voz gritó:

—¡Es ella!

Y antes que pudiera dar un solo grito, fué asida por un hombre, que envolvió su cabeza en una capa, la cogió bajo el brazo como un fardo, y saltó a la silla de un caballo que otro hombre sostenía por la brida.

Y los dos jinetes, sin prisa aparente, atravesaron la plaza y se alejaron en medio del tumulto general de pánico.

Sin, embargo, una mulata que estaba al servicio de la condesa, había presenciado el rapto y la emoción le produjo una crisis histérica. En aquel momento regresaba Bustamante, después de haber comprobado que su suntuosa casa no había sufrido daño alguno.

La tormenta se apaciguaba. Iba la gente dándose cuenta que la sacudida había sido insignificante y que ya sólo quedaba el peligro

de los sospechosos salvadores, cuyo número iba aumentando, y que, según la costumbre, invadían las casas gritando, para aumentar el pánico, y saqueando bajo pretexto de salvaguardar los objetos preciosos que pudieran sufrir bajo la caída de los muros.

Bustamante vió a la mulata presa de una crisis nerviosa y consiguió averiguar la causa. La gordura y su placidez no impedían que Bustamante fuera un hombre de rápidos reflejos.

Fué a buscar un caballo, se armó de dos pistolas de doble cebo, y se lanzó al galope por la carretera que flanqueando las ruinas del templo del Sol, se encaminaba hacia las montañas.

Era según su sentido, la que debían lógicamente seguir unos jinetes que desearan escapar a una persecución.

No se equivocaba. El río había desbordado e invadido una parte de aquella carretera, lo cual había retrasado la marcha de los raptores de Rosa.

Una noche serena substituía a la tormenta. La luna se levantó súbitamente, y después de tres cuartos de hora de galopar, Bustamante distinguió a lo lejos dos siluetas.

No tuvo que perseguirlas, porque viéndole solo, los dos raptores de Rosa se detuvieron. Pensaron quizás que el que les perseguía no se atrevería a disparar de miedo a herir a la joven que tenían presa.

Ignoraban que Bustamante habíase hecho traer de Europa dos pistolas de modelo desconocido en el Perú y cuyo alcance era superior a las ordinarias.

Ignoraban también que Bustamante estaba ejercitado como tirador excepcional y que además todos sus caballos estaban domados para permanecer inmóviles al momento de que el jinete por presión de rodillas indicaba que iba a disparar.

Bustamante detuvo su caballo, hizo la especial presión de rodillas, apuntó calmosamente, y disparó dos veces.

Los dos hombres cayeron desmontados y Rosa con ellos. Ella se libertó rápidamente de la capa que la cubría la cabeza y corrió hacia su salvador.

—¿Han muerto?—preguntó Bustamante.

Puso pie a tierra y se acercó empuñando la segunda pistola. Uno de los Montañeros había muerto, pero el otro se agitaba. Tenía un hombro atravesado por el balazo y se había roto una pierna al caer de caballo.

Bustamante reconoció con sorpresa en el herido a un mestizo chileno llamado Chano Sáez, el cual en Cuzco tenía una tienda de objetos raros, alguno de los cuales había comprado el propio Bustamante.

Iba a rematarlo de un pistoletazo, cuando Rosa que se había acercado intervino con viveza, desviando su muñeca. El disparo se perdió entre el ramaje cercano.

—¡Es el mestizo Chano Sáez!—exclamó ella—. No debéis matarlo, porque nos acarrearía mala suerte.

Bustamante creía en la creencia de los demás sobre los maleficios. No hizo objeción y ayudando a subir a la joven delante de su silla, montó y partieron hacia Cuzco.

No es sino mucho más tarde que Bustamante explicó las cosas que la joven había dicho mientras galopaban hacia Cuzco.

Las grandes emociones liberan el alma de las barreras que imponen los convencionalismos. Los sucesos de aquella noche habían agitado grandemente a Rosa. Demostró que le preocupaban muy poco su marido y su enfermedad de corazón.

Dijo que el conde no era más que un viejo incapaz, insoportable y pesadísimo y que si se moría, nada se perdería. Reconoció que el mestizo Chano Sáez en otras ocasionéis había hablado con ella, y si la había raptado no era por lo que Bustamante pudiera creer, sino por razones que no comprendería y que por tanto era inútil que ella las explicara.

Dijo que había conocido a Chano Sáez en la calle de los Brujos. Era una callejuela de Cuzco habitada por sibilas, echadores de buena ventura y otros seudo profetas del porvenir dudoso.

Extrañóse Bustamante de que la principal preocupación de Rosa fuera la pérdida de su guitarra que había dejado caer en la plaza, en el momento de su rapto. Preguntó ella ansiosamente si volverían a encontrar la guitarra.

Era obra de un gran artista en guitarras de Sevilla y sólo aquella entre todos los instrumentos de música, era capaz de rendir divinas melodías.

La guitarra fué encontrada intacta. Pero no pasó lo mismo con el conde. La emoción lo había matado. Pero como por entonces había una guerra cruenta entre indígenas y españoles, las alternativas de victoria y derrota hicieron pasar casi desapercibida aquella muerte.

No entristeció lo más mínimo a la condesa de Villavicencio que continuó componiendo versos, tocando la guitarra y bailando. Apenas interrumpió sus ocupaciones artísticas cuando supo que estaba arruinada, debido a haber huido con todo el dinero el secretario de su esposo.

Puso remedio a este golpe del destino casándose con el hombre más rico del Perú, su salvador Bustamante.

Por sus incidencias de la guerra local, Bustamante había sido nombrado coronel del ejército. Aprovechó unos días de tregua para venir a Cuzco y celebrar su matrimonio con Rosa. Fué un matrimonio de corta duración. Tan sólo una noche.

Rosa, con su inseparable guitarra bajo el brazo abandonó el domicilio de Bustamante a las seis de la madrugada del día siguiente a la boda

—No puedo permanecer viviendo con un marido que viste por la noche medias de lana espesa que le suben más arriba de la rodilla.

Esta fué la causa que expuso como motivando su huida del domicilio conyugal. Todo el mundo sabía en Cuzco que Bustamante llevaba siempre medias de lana. Decía que era para aliviar unos dolores reumáticos contraídos en su infancia. Lo que se ignoraba era que también conservaba puestas aquellas medias durante la noche. Rosa no se cansó de decirlo a todo el mundo, añadiendo que se escondería donde él no la hallara, y se marcharía muy lejos.

Retrasó su marcha, y los que sabían algo de lo sucedido la noche del terremoto quedaron estupefactos al saber que el hombre que era el causante del retraso era nada menos que el brujo chileno Chano Sáez.

Su reciente pierna rota lo hacía cojear aparatosamente, y la bala que le había quebrado el hombro, lo había convertido en jorobado.

Andaba plegado en dos y quizás a causa de no tener clientes para sus rarezas, iba miserablemente vestido. Sin embargo cierta llama de sus ojos pitañosos imponía respeto y temor.

(Cuzco entero supo que Rosa de Villavicencio se escondía en la calle de los Brujos. Y ella misma con desfachatez explicó a un osado visitante que se estaba instruyendo en los secretos de la magia de los Incas, secretos en los que Chano Sáez era maestro.

Según ella decía, Chano Sáez era un mago de un poder indecible. Desde su trastienda donde se amontonaban objetos rotos,

tenía la facultad de vengarse de Bustamante, el hombre de las medias de lana, pero excelente tirador.

Rosa Bustamante aprovechó la visita para saber qué hacía su segundo esposo. Quería saber si había adelgazado de pena. La molestó aprender quo su marido continuaba muy plácido, que parecía haber engordado algo más, y que “se divertía” mucho con la guerra.

¿Había hablado de ella?

Sí, para decir que volvería a conquistarla, con lo cual serían un matrimonio con doble noche de bodas.

El prior del convento de San Agustín, hombre venerable que había conocido al padre de Rosa, vino a recriminar severamente a Rosa, no ya sólo por su escandalosa huida del domicilio conyugal por un pretexto fútil, sino para advertirla que la magia sudamericana no eran más que prácticas demoníacas.

Tenía que renunciar a continuar con aquel miserable Chano Sáez. Su deber de española y cristiana, era volver al lado de su esposo.

Tuvo que marcharse sin esperanzas de haber convencido a la rebelde poetisa y maga. Rosa creyó no obstante que no podría escapar a sus amistades, ni a la opinión pública de Cuzco. Pensó que la música y la poesía serían más apreciadas en Europa y que aquélla era su verdadera patria, la patria de los talentos.

Resolvió pues embarcar en Lima. Pero los viajes no eran entonces fáciles ya que las carreteras estaban infestadas de indios rebeldes. Sin embargo, pudo alcanzar Arequipa y refugiarse en casa de unos antiguos amigos.

Bustamante seguramente la hacía vigilar, porque supo que estaba en Arequipa y obtuvo una orden de arresto para la esposa viajera. Hubiera deseado correr a Arequipa, encontrarse con Rosa y asegurarle que en lo futuro prescindiría por la noche de sus medias de lana.

Pero era coronel y se le necesitaba. Era el momento en que se iba a librar una importante batalla, bastante decisiva.

Fué en la prisión de Arequipa que Rosa Bustamante aprendió la derrota de los españoles, una derrota que nada tenía de definitiva. La prisión era un antro miserable.

A pesar de las órdenes dadas para que fuera bien tratada,

ocupaba una celda lúgubre, donde solían recluir a los bandidos condenados a muerte por horca.

Pero según explicó ella, la guitarra de la cual no se separó, le hacía mucha compañía.

—Apenas empezaba yo a tocar— dijo más tarde—se poblaba mi celda de bellas imágenes. Varoniles trovadores, arrogantes poetas... Y era tal la precisión con la que se plasmaban, que tenía yo que cesar de tocar mis composiciones.

Rosa supo también la capitulación firmada entre la guarnición de las fortalezas españolas de la comarca y los provisionalmente vencedores indios rebeldes.

El virrey había obtenido el derecho de abandonar la comarca con todas las familias españolas que quisieran marcharse. Su embarque debía efectuarse secretamente en Callao.

Pero para evitar el desorden que inevitablemente podía presentarse, fué secretamente convenido que las principales familias se reunirían en el puerto de Quilca, donde dos navíos franceses “Ernestine” de Burdeos y “Menfous” del Havre, recibirían a los fugitivos.

En toda historia verídica, lo más desesperante es que hay algunos puntos que para siempre permanecen obscuros.

—En el preciso momento en que mi idolatrado marido venía a buscarme a Arequipa—dijo sencillamente Rosa Bustamante—yo había logrado abandonar la ciudad, gracias a la benevolencia del director de la cárcel.

Este director de la cárcel era un individuo de aspecto siniestro, de unos cincuenta años de edad. Se llamaba Francisco Peza y tenía la reputación de ser un verdugo.

No sólo libertó a Rosa, sino que fué tan benévolo que la acompañó hasta el puerto de Quilca.

Hay veinte leguas de desierto para atravesar entre Arequipa y Quilca. Dos carreteras conducen al puerto. Francisco y Rosa tomaron la más larga. Francisco, hombre de experiencia, pensaba que la presencia en Quilca de dos navíos, franceses, podría ser sabida de muchos, y que numerosos fugitivos tomarían la carretera más corta.

Y que en esa carretera estarían los Montañeros para matar y saquear, como en efecto sucedió.

Se vieron obligados a pasar la noche a la intemperie. Francisco había llevado consigo una tienda primitiva, pero los dos viajeros para luchar contra el frío tuvieron que abrazarse estrechamente.

Volvieron a partir a la aurora, perdiéndose por senderos arenosos, y por fin descubrieron el océano y su vasto horizonte desde lo alto de los acantilados que dominan Quilca.

El primer cuidado de Rosa fué dar gracias al cielo al comprobar que los dos navíos franceses seguían anclados. Se mantenían a bastante distancia y parecían ridículamente pequeños comparados a la muchedumbre que debían alojar.

La muchedumbre se apretujaba en lanchas, alrededor del "Ernestine" y del "Menfous" y desde lejos, por la agitación de las lanchas y los movimientos circulares incesantemente, Rosa distinguió con horror que los navíos demasiado sobrecargado y próximos a izar velas, rechazaban más pasajeros.

Era preciso correr apresuradamente. Francisco Peza objetó la necesidad de dar reposo a los mulos. Pero Rosa se abalanzó por el sendero que llagaba al poblado.

Quilca era una aldea con míseras casas de barro y adobe. Cuando Rosa llegó a la playa, vió en el fondo de la bahía un alarmante espectáculo.

Muchas familias españolas acampaban allí con sus equipajes. Acababan de llegar y una lancha francesa acababa de comunicarles que ninguno de los dos navíos podía contener una sola persona más.

Había gente que se desesperaba y otros que imprecaban. Ciertos fugitivos habían transportado muebles y enseres. Alrededor de ellos se amontonaban cajones, sacos y toda clase de objetos heterogéneos.

Otros sólo abrazaban niños de corta edad, llorosos.

En el momento de la llegada de Rosa, una lancha regresaba a la orilla. Además de dos mulatos que remaban riendo a carcajadas, contenía cinco personajes semidesnudos.

Rosa los reconoció. Era una vieja familia noble de Cuzco. Unos ladrones, no Montañeros ya que estaban vivos, los habían atacado cerca de Quilca, dejándoles casi sin ropas.

El padre, la madre y tres hijas solteronas, igualmente flacas, igualmente resignadas y silenciosas, parecían simbolizar la desesperación y la mala suerte.

Los navíos franceses habían rechazado violentamente y con injurias aquellos cinco pobres fantasmas. Salieron de la lancha y se alejaron con dignidad por entre las chanzas de los mulatos y de una población hostil que asistía a aquel desastre como si se tratara de un divertidísimo espectáculo.

Rosa tendió algunas monedas de oro a los remeros mulatos, que seguían riendo, y entró en la lancha. Un clamor se elevó en la orilla. Era ya tarde… Pero ella ordenó a los remeros que se dirigieran hacia los navíos.

La "Ernestine" de Burdeos desplegaba sus velas y acababa de bandear hacia el mar abierto. La lancha se hundía y subía alternativamente cabalgando las olas.

Rosa, derecha en la proa agitaba continuamente un chal. El capitán Duguen, un hombre rechoncho de rostro congestionado y grandes patillas negras, estaba en el puente del "Ernestine" y juraba y perjuraba que su barco se hundiría si tan sólo aceptaba el peso de un alfiler.

Felizmente para Rosa fué reconocida por el virrey. Éste era un hombre culto y de abierto espíritu, que había estado dos años preso en Francia y que había empleado el tiempo del cautiverio aprendiendo la literatura griega y latina y Rosa le había leído sus versos en Cuzco.

Quiso la joven embarcarse. El capitán Duguen se negó. Pero alguien lanzó una cuerda a la cual se asió la mujer. Mientras ascendía por el flanco del navío, cayó su guitarra al mar.

Cerca de la salida de la bahía de Quica hay un islote desierto barrido por las olas y donde sólo crecen raquíticos brozales. Al tiempo que el "Ernestine" alejándose de la bahía pasaba delante del islote, los pasajeros sobre el puente fueron testigos de una extraña escena.

Un hombre de mirada llameante, jorobado y las manos extendidas hacia el navío, pronunciaba palabras extrañas en un lenguaje desconocido e incomprensible.

Era un mestizo chileno, y por el acento de sus palabras se comprendía que era una maldición. A su lado, y dando círculos, bailaba una vieja mestiza, sosteniendo un bastón horquillado en la mano.

Su baile describía una figura geométrica que recordaba la curva

de la letra “S”, o también la ondulación de una serpiente. Aquella, vieja tenía los ojos en blanco, y su baile al igual que los gestos de su bastón horquillado levantado hacia el cielo, habrían podido parecer risibles, si no hubiesen contenido algo terrible.

Rosa, fatigada por las últimas aventuras, había caído medio desvanecida en la cubierta. Sin embargo, dijo que había reconocido en el mestizo a Chano Sáez.

Es indudable que una cierta superstición acompañan siempre a los que se embarcan para un largo viaje. Todo el mundo a bordo, estuvo de acuerdo en predecir que los bailes de la vieja hechicera y la maldición del mestizo chileno eran hechos de mal augurio,

El abarrotamiento del “Ernestine” era indescriptible. El capitán Duguen no había querido renunciar a un cargamento de aceite de ballena conseguido en Lima para Burdeos.

Había soldados instalados en las sentinas entre barriles. Las mujeres se amontonaban donde podían. El virrey y otras notabilidades tenían que compartir una sola cámara durmiendo por turnos.

El entrepuente y la cubierta no ofrecía más que algunos pasajes libres para poder efectuar las maniobras.

Una docena de monjes permanecían a popa, cerca de dos antiguos candelabros de cuatro metros de alto. Un inmenso Cristo de oro macizo, había sido encadenado en el mástil para evitar cayera.

Todo fué bien los primeros días mientras el navío costeaba el Perú y Chile. Cada uno aceptaba voluntariamente las incomodidades y sufrimientos inherentes a aquel viaje.

Pero cuando quedó atrás la isla de Chiloe, el tiempo cambió, soplaron galernas, y las tempestades se aproximaron.

El cabo Horn había sido doblado, cuando repentinamente cayó una espesa niebla. El viento hizo torbellinos y altas olas barrieron la cubierta.

—Esto no durará—dijo el capitán Duguen con aparente calma.

Pero todo el mundo se alarmó al ver que el matiz rojo de su rostro congestionado se acentuaba enormemente.

Las verdaderas inquietudes de los pasajeros no empezaron hasta después del encuentro de un navío extraño.

Salió repentinamente de la niebla y pasó cerca del “Ernestine”.

Tenía unos palos desmesuradamente altos en proporción a su casco.

—Es un ballenero inglés—dijo el capitán Duguen.

Pero del casco de aquel ballenero se elevó un clamor, una llamada procedente de varias voces reunidas, como una señal de desesperación o de advertencia contra un peligro inminente.

La niebla y los vientos no hicieron más que aumentar y después de tres días de lucha incesante contra las olas y la penumbra, se extendió un malestar, una aprehensión vaga primero y que fué precisándose, sin que se conociera la causa.

—El navío ya no avanza. Giramos en redondo—decían los pasajeros desesperados.

Y fueron repitiéndose las palabras que alguien pretendía haber oído decir al capitán:

—Hay un error en la apreciación del rumbo.

¿Qué error? ¿Este error puede hacer girar en redando una nave, y durante cuánto tiempo? Eso era lo que se preguntaban todos.

Muchos albatros volaban alrededor del mástil del “Ernestine” y todos los hombres pensaban sin querer en los vuelos de los buitres que son atraídos por los seres aún en vida, pero que no tardarán en morir.

Había a bordo un cierto Acosta, que decían ser un antiguo sacristán expulsado por prácticas de brujería. Había obtenido una plaza a bordo del “Ernestine” por verdadero milagro.

Empezó de pronto unas activas rebuscas. Pedía, exigía en nombre de la salvación de todos que se precipitara a Rosa Bustamante al mar.

Era ella, decía Acosta, que iba a ser la causa de la pérdida del navío y de la vida de sus pasajeros.

No daba ninguna razón lógica. Sólo argumentaba ser un profundo conocedor de las potencias ocultas del maleficio. El virrey lo despidió a puntapiés, encolerizado.

El capitán Duguen, escéptico también, se enfureció contra tan groseras supersticiones, propias de “salvajes mestizos”, y amenazó con arrojar él mismo al mar a Acosta.

Pero Acosta no se cansó. Deambuló por entre los barriles de aceite da ballena, y persuadió a los soldados y marinos, y se formó un clan que no creía en un error de apreciación en el cálculo del rumbo, sino en una fatalidad que emanaba de la joven Rosa.

La situación empeoró al cabo de unos días. Varios de los que dormían sobre cubierta, fueron arrastrados por el oleaje. Otros calados por la constante humedad fueron atacados de fulminante pleuresía, pereciendo.

Dos monjes agustinos fueron de esos. Habían permanecido como centinelas cerca del tesoro del convento, y no se sabe porqué razón mística estaban siempre de pie.

Con sus luengas barbas, sus hábitos blanco y negro, entre los altos candelabros que los encuadraban parecían estatuas e impresionaban. Antes de caer muertos entonaron la plegaria de difuntos con voces calmosas y serenas.

Pero sobrevino un fenómeno marino más terrible que la tormenta, a causa de su carácter misterioso. Las grandes olas que venían del horizonte como si obedecieran a una orden surgida del fondo de los abismos líquidos, cesaron y desaparecieron en los mismos abismos.

Una calma sorprendente cayó sobre los mares. El agua adquirió un color amarillento, viscoso, como si estuviera aquejada de una extraña dolencia acuática.

Tan lejos como la vista pudiera alcanzar, se extendía una desolada llanura sólo quebrada de trecho en trecho por repentinos sobresaltos como abscesos que revientan.

Los albatros por entre las velas, graznaron con gritos agudos y estridentes. El livor amarillo del plomo líquido, sobre el cual flotaba el navío daba a los hombres ideas de suicidio. El océano no era más que una extensión silenciosa, podrida e inmóvil.

La niebla fué aclarándose, rasgándose en pedazos como si unas gigantescas tijeras demoníacas la hubiesen cortado. Las aguas perdieron su color opaco y las olas pesadas que se agitaban fueron calmándose. El movimiento normal de las olas reapareció, y un soplo fresco y continuado hinchó las velas del “Ernestine”.

Estos soplos llevaron sin interrupción el navío hasta Cádiz.

Es entonces cuando Rosa apareció sobre el puente, alerta y con los ojos brillantes. El virrey le había recomendado que no saliera del compartimento destinado a las mujeres nobles.

Pero ella iba de un sitio a otro, anunciando que le sería fácil sacar al navío del maleficio y sortilegio que lo envolvía. Sólo pedía para conseguirlo que le dieran un bastón dividido en dos ramas y

que le concedieran algunos metros de espacio libre.

Por fin se logró hacer un espacio libre alrededor del gran mástil. Apenas conseguido, Rosa empezó a bailar. Era una danza casi sin movimientos que no se parecía en nada a los que bailaba en Cuzco.

Y entonces sucedió que, con un inmenso ruido de alas, todos los albatros se echaron a volar.

CAPÍTULO VIII

El indeciso se marcha...

Cesó de hablar Gastón D´Arsonval cuya voz había adquirido a medida que su relato histórico progresaba, una entonación temerosa.

—Monsergas—dijo desde el lecho Zarzales—. Debería avergonzarte, Gastón, el ser tan aficionado a esas leyendas no comprobadas.

—Como me lo contaron lo cuento yo. Y lo hago, porque los Montañeros dominan las prácticas que enseñó el mestizo Chano Sáez a la condesa de Villavicencio...

—¿Qué fué de la bella bruja?—inquirió Lucientes.

—Todo esto sucedió hace ocho años. Dicen que hace dos años, cuando los franceses estuvieron por unos días como dominadores en Argel, repatriaron una orquesta española que el Rey había hecho venir para amenizar sus veladas. Los músicos dijeron a los oficiales franceses que entre ellos había una guitarrista que se había casado seis años antes con el hombre más rico del Perú. Él había solicitado en vano que ella regresara con él. Pero ella prefería ganarse el sustento tocando la guitarra que ser la sumisa esposa de un hombre que tenía tan mal gusto en su atuendo nocturno.

Diego Lucientes rió silenciosamente divertido. Frasco Zarzales también diciendo:

—Gastón, eres un saco de historias raras, y terminarás tú mismo por creerlas. Han muerto todos los Montañeras, tengo sueño y vamos a dormir. Mañana ya veremos hacia qué nuevos rumbos nos encaminamos, después de la boda de Gabriela con Cheij Lezama.

—Ojalá tenga razón el capitán Zarzales, cuya solidez de cerebro envidio, porque no teme nada.

—No teme nada—argumentó Lucientes—porque va siempre en busca de lo oculto. Y cuando se sabe lo que motiva los fenómenos y las cosas misteriosas, se comprueba que todo, es infantil. ¿Qué temes tú, Gastón?

—Los poderes de..

—Chitón y apaga la voz y la linterna, Gastón. Y como colofón a esta sobremesa, no olvides que a los muertos no hay que temerles, sino a los vivos. Amén.

* * *

El Pirata Negro miró con dureza al francés, que acababa de manifestar que era un indeciso.

—Has impedido que mi hijo se desangre. Por motivos que ignoro salvaste a la pobre Teresa de Samaniego. Ella te considera un hermano. Pero eres una bestia inmunda, ya que pertenecías a los Montañeros. ¿Cómo escapaste a mis soldados?

—Me retrasé al ver a Teresa junto a un hombre tendido. Después, oí el fragor de los disparos. Galopé, pero no tenía allí nada que hacer. Regresé junto a Teresa y salvé a tu hijo, con mis propios remedios curativos. Hablo con tu misma llaneza. Sí, soy Montañero.

—No tienes derecho a vivir.

—Es un derecho que no te pertenece enjuiciar, conde.

—Sí, porque estás bajo mi techo, y no gustaría saber con qué intenciones viniste. Quizás tu vida penda de tu respuesta.

—Mi vida está ya pendiente de muy pocos hilos. Soy una marioneta, conde; un muñeco sin decisión.

—Por haber realizado dos acciones humanas, quedas libre de hacerte matar en otro sitio. Te acompañaré hasta el exterior de mi casa. Vete lo más lejos que puedas. Si volviera a encontrarte... moriría el último Montañero.

Una expresión sarcástica cruzó el semblante irregular del francés.

—Eres generoso, conde. Me perdonas la vida,

—A cambio de la paz para la pobre infeliz.

—¿Sabes ya o te has dado cuenta que ella está privada de seso?

—Con el reposo y rodeada de gente normal, volverá a ser la que fué.

—¿No soy yo un ser normal?

—No he venido a discutir tu personalidad. Eres un Montañero y

has cometido villanías de las que tendrás otro juez que no yo. Abandona mi casa, porque quiero dormir.

—Creo que no me queda otra alternativa que respetar el derecho de quien manda en su casa.

—Y fuera de ella… No lo olvides, Montañero. En Latacunga no tienes sitio.

—No lo olvidaré. ¿Qué le dirás a Teresa cuando despierte?

—Que tú, voluntariamente, preferiste dejarla libre de tu presencia que inevitablemente le recordaría a los exterminados Montañeros.

—Quisiera despedirme de ella.

—No.

La seca respuesta del Pirata Negro hizo que Pierre Brigand se irguiera como fustigado. El francés sonrió malévolo.

—Estás muy acostumbrado a mandar, y yo a desobedecer.

—Fuera… Te he dado ya excesiva beligerancia.

Pierre Brigand insertó los pulgares en su cinto, del que pendía el tahalí de la espada, una pistola enfundada y una daga.

—Me has hablado con mucha llaneza, conde Ferblanc. Correspondo. Me marcho, porque no hay más remedio. No te agradezco que me perdones la vida.

—Fuera…—repitió el Pirata Negro.

El francés recogió su capa que se terció al hombro. Volvió a insertar los pulgares en el cinto, después de encasquetarse el chambergo.

Salió al corredor. Se sabía vigilado atentamente por su “anfitrión”. No le valdrían sus malas artes.

En el corredor, Juan Pérez escondiose tras una armadura. Seguía cumpliendo su runo de guardia.

En el jardín, Pierre Brigand asió la brida del caballo, después de desatarlo del abrevadero frente al establo.

—De todos modos, Ferblanc, permíteme felicitarte por haber exterminado a todos los Montañeros.

—No montes a caballo—dió por respuesta el Pirata Negro—, Te acompañaré hasta la verja.

—¿Desconfías de mí?

—Desde que te vi. Me temo que tú mismo no sabes ni lo que quieres ni adónde vas.

—Acertaste.

—Por eso quiero evitar que desde la silla me dispares. A pie te veo mejor.

Anduvieron hasta la verja. Un oficial, del Tercer Tercio, al frente de los soldados que montaban la guardia de honor a la morada del coronel del Tercer Tercio, vino acompañado por un sargento que portaba una linterna.

—Sin novedad, mi coronel.

—Gracias, señor teniente. La luz ilumina a este caballero. Lo veis bien. Si intentara volver, disparadle a matar, y después preguntadle lo que desea. Hasta nunca, Pierre Brigand.

—Hasta siempre, Ferblanc—sonrió el Montañero montando.

Picó espuelas, encañonado por el mosquetón del sargento, y por la pistola del oficial.

Carlos Lezama regresó a la casa, pero tardó en dormirse. Hubiera deseado para su segundo hijo otra esposa que no la infeliz “sonámbula”.

* * *

Pasaron dos días. Teresa de Samaniego parecía ir recobrando el sentido de normalización. Se alternaban en sus habitaciones Gabriela Lucientes, Mireya de Ferjus con las que siempre estaba Humberto.

El propio Lezama iba admitiendo que de la infeliz, se desprendía un encanto emocionante.

Gaston D´Arsonval, Frasco Zarzales y Diego Lucientes esperaban para correr nuevas aventuras, la boda de Gabriela y Cheij, anunciada para la primera semana del mes entrante.

El pueblo de Latacunga manifestó con grandes festejos la conmemoración del exterminio de los Montañeros. Las crónicas de “la Voz del Hurón” ensalzaban alternativamente a Lorenzo Olivares y sus dos eficaces agentes Roncal y Loreto, y al siempre invencible conde Ferblanc.

A la tercera mañana de su permanencia en la morada del coronel del Tercer Tercio, manifestó Teresa de Samaniego su deseo de pasear por los jardines.

Lo hizo en compañía de Humberto de Ferjus. Sentados en la terraza, Lucientes y sus dos amigos, conversaban humorísticamente.

De pronto sonó una exclamación de furor, y un leve quejido de

asombro. Los tres aventureros pusiéronse en pie, mirando sorprendidos hacia el lugar donde acababa de desplomarse Teresa da Samaniego entre los brazos de Humberto de Ferjus...

Y el estampido del disparo de mosquetón resonó... Saltó hacia adelante Frasco Zarzales... Cayó a lomos de un caballo, al que espoleó vigorosamente, atravesando la verja...

Había visto la nubecilla de humo de pólvora irse desvaneciendo en lo alto de un árbol

Un segundo disparo hizo que Zarzales encabritara su caballo en evitación de ser alcanzado... Pero saltó a tierra, sorprendido, porque el segundo disparo, además de ser de pistola, no le iba destinado.

Da lo alto del árbol cayó un cuerpo humano. Pierre Brigand sostenía en la diestra la humeante pistola con la cual acababa de dispararse en el corazón.

Su cuerpo rebotó contra el suelo. Frasco Zarzales se aproximó... Enfundó su pistola. Aquel hombre estaba agonizando.

—Ni mía ni de nadie—dijo Pierre Brigand—. Era débil... Habrá muerto en el acto y sin sufrir... yo, en cambio, siento agudos dolores... Me sobra corazón y poca cosa es un plomo...

Frasco Zarzales, ceñudo, contemplaba al agonizante. Una risa sarcástica crispó los labios de Pierre Brigand...

—No muere el último Montañero... Quedan aún más de trescientos... En el monte Diadema de la Quebrada... De nada valen contra ellos soldados... Los ven venir y no hay suficientes ejércitos para cercarlos...

Otra crispación manchó de sangre la boca del que hablaba:

—¿Por qué iba ella a ser feliz, no siéndolo yo?.. Comprendo que yo debería morir arrepentido y diciendo que perdono a mis enemigos... Casi creo que el conde Ferblanc me debe el favor de haber impedido que su joven palomo... se casara con Teresa... ¿Quién eres tú?..

—Frasco Zarzales. ¿Y tú?

—Pierre Brigand, teniente Occidente, del cuarto escuadrón de los Montañeros... Por primera vez los Montañeros atacaron en un solo grupo... Los otros tres han quedado en el Diadema de la Quebrada... Y Marcos Cortezo se sentirá muy ofendido... del desastre...

Una risa dolorosa volvió a suscitar un vómito de sangre en el

francés.

—El demonio debe tener los ojos verdes... como los tuyos... Era hermoso verlo sonreír... ¡Pero a mí!... Ha muerto... Ya no hay música de violines... Oigo rumor de galope... Los jinetes de la muerte...

Se aproximaban varios soldados al frente de un oficial. También llegaba Gastón D´Arsonval.

Siguió delirando Pierre Brigand:

—Tengo frío... La indecisión hace ganar siempre... Renunciar a jugar porque se puede perder... Era muy buena mi esposa... y mi hijo sabía luchar... Adiós, Marcos... ¿Me oyes? ¡Contesta, contesta!...

Hubo un atroz espasmo en todos los miembros del francés, que de pronto quedóse rígido, inmóvil. Había muerto.

Varios soldados lo recogieron. Gastón D´Arsonval rezongó:

—La condesa murió en el acto. Un plomo en el corazón. Me molesta ver el silencioso gesto con que Humberto de Ferjus la abraza. Por eso he venido hacia acá.

Pensativo, Frasco Zarzales sólo oía en su fuero interno las frases del que ya muerto era transportado por los soldados.

“No muere el último Montañero. Quedan aún más de trescientos... En el monte Diadema de la Quebrada... De nada valen contra ellos soldados... Los ven venir y no hay suficientes ejércitos para cercarlos... Soy Pierre Brigand, teniente Occidente del cuarto escuadrón de los Montañeros que por vez primera atacaron en un solo grupo... Los otros tres han quedado en el Diadema de la Quebrada... Y Marcos Cortezo se sentirá muy ofendido del desastre...”

Sólo él había oído aquella confesión. En silencio enlazó su brazo al de D´Arsonval.

—Capitán D´Arsonval, nos espera una magnífica aventura, que exige pensarla bien. Te lo contaré más tarde cuando haya madurado un plan que ofrezca la mayor seguridad posible.

—Lo celebro, porque empieza a pesarme la inactividad.

En el jardín, Humberto de Ferjus se puso en pie llevando entre sus brazos el cuerpo inanimado de Teresa de Samaniego, bellísima en su inmovilidad de muerta, y realzada su escultural presencia por los vestidos que Gabriela le había proporcionado para aquel primer paseo que iba a ser el postrero.

El Pirata Negro apoyando una mano en el hombro de su hijo, murmuró:

—Llévala arriba, cachorro. ¿Quieres que tu madre suba a haceros compañía?

—No. Déjame, padre... Quiero estar solo— dijo Humberto con la voz truncada por naciente sollozo.

Antes de desaparecer en la habitación portando en vilo el cuerpo muerto de su primer amor, sus hombros se alzaron... Lloraba...

Y Carlos Lezama lo prefirió. Temía el dolor silencioso que no se desahoga...

Media hora después, del cuarto cerrado donde yacía Teresa de Samaniego en el lecho, brotaron unos arpegios...

Juanelo, Lucio, “Pencas” y “Cien Chirlos” eran por completo insensibles a toda música. No obstante cuando los arpegios del violín fueron creciendo en intensidad y melancolía, murmuró el navarro:

—Yo opino que deberíamos irnos al otro lado de la casa. Esta..., esta cancioncilla me da cosquillas en la garganta...

—Eso es. Vámonos al jardín—aprobó “Cien Chirlos”—. ¡Maldito sea el asesino! Disparó desde lejos... que o si no lo deslomo...

Estaban los cuatro piratas cerca de la verja, cuando Juan Pérez murmuró:

—Vaya... Otro obsequio...

Se refería a que, desde hacía tres días, muchos eran los obsequios que los de Latacunga mandaban a la mansión del que consideraban con Lorenzo Olivares el salvador y exterminador de los Montañeros.

De todas clases habían sido: jarrones de ricas tallas, orfebrería, tapices, armas damasquinadas...

Ahora eran cuatro mestizos los que torvo el semblante y silenciosos acababan de detenerse ante la verja.

Transportaban sobre unas parihuelas especiales construidas en tosca madera recia, un gran cajón oblongo.

El oficial de guardia acercóse:

—A la paz del Señor, amigos. ¿Qué traéis?

—Una estatua—contestó uno de los mestizos, como si recitara—. Pobre obsequio de los mestizos amigos del conde Ferblanc.

—¿Queréis ver al coronel?

—Lo vemos a diario. No queremos molestarlo.

—Entonces, gracias en nombre de mi coronel, el señor conde Ferblanc. Podéis dejar la caja. Ya hay quien la llevará.

Fuéronse los mestizos, llevándose las parihuelas. Desde el otro lado de la verja que estaban abriendo los soldados, masculló “Cien Chirlos” con irritación:

—¿Una estatua? Un trasto que pesará lo suyo... Cogedlo tú, “Pencas”, y tú, Juanelo.

—Yo opino que con el cajón pesará más.

—La puedes estropear sin el cajón. Y a lo mejor es una estatua que le gusta a las señoras. Venga.

Transportaron la pesada caja. La dejaron en el vestíbulo, y al aparecer Carlos Lezama, vino “Cien Chirlos” a decir:

—Trajeron esa estatua, señor.

—¿Cuál?

—La de aquel cajón. Obsequio de unos pobretones.

—Abre las maderas.

“Cien Chirlos” obedeció, y con su puñal fué desclavando los maderos de ligero espesor que cerraban la caja en pie.

Apareció una estatua. Representaba un hombre sentado en cuclillas, suntuosamente vestido de mandarín oriental. Los ojos ampliamente abiertos, vivos, parecían lanzar un mudo reto.

La estatua sostenía entre la tela tensa por las rodillas una hoja de

pergamino. La mano diestra apoyaba en ella un pincel brillante, de punta curva, que se detenía a un milímetro escaso de una firma que aparecía escrita bajo unas líneas.

Leyó Lezama en el pergamino:

“La eterna gratitud hasta el Más Allá al vencedor de los Montañeros.”

La firma decía:

“Cuatro puntos cardinales”.

Encogióse de hombros el Pirata Negro. Eran muchos los obsequios que por modestia de los donantes, ostentaban firmas absurdas.

Miró la estatua con detenimiento.

—Es curiosa. Está muy bien tallaba. Déjala donde está, guapetón. Ya mi esposa decidirá donde colocarla.

Se marchó Lezama. No quería interrumpir la sonata melancólica con la que Humberto de Ferjus se despedía de su novia de cuatro días... pero la música dolorosa por su significado le aturdía.

En el vestíbulo la estatua en cuclillas, manteníase rutilante en sus sedas de oriental.

Fuéronse los cuatro piratas. Entraron al cabo de unos instantes Gastón D´Arsonval y Frasco Zarzales.

—¡Mira, Frasco!

—¿Qué?

—¡Eso!—y señaló con la zurda el pergamino que entre las rodillas de la estatua decía en la línea de firma: “Cuatro puntos cardinales”.

—¡Los Montañeros! Los cuatro tenientes vigilando y atacando por cada punto cardinal.

—No seas visionario, Gastón. Eso es tan sólo una estatua. Te sabes demasiadas historias y estás siempre oliendo misterios.

—Precisamente porque me sé demasiadas historias, conozco una de un hombre que para matar se escandió dentro de una estatua.

—Terminarás loco del todo, capitán D´Arsonval—reprochó Zarzales.

—No importa. Esta estatua no me gusta. Tiene una mirada viva.

—Obra del escultor.

Gastón D´Arsonval desenvainó bu daga.

—¿Qué vas a hacer, Gastón?

—Convencerme que es una estatua y no hay carne dentro.

—Estropearás una escultura magnífica que no te pertenece.

Pero Frasco Zarzales, contagiado por las palabras de su amigo, avanzó las dos manos rodeando con ellas el cuello del mandarín. Apretó con todas sus considerables fuerzas.

La madera no cedió.

—¿Te convences, visionario?—dijo, soltando el cuello del mandarín.

—Por si acaso—replicó D´Arsonval.

Y, a la vez que hablaba, apartó la ropa de seda que cubría el pecho de madera y hundió su daga hasta la empuñadura.

Los ojos de la estatua siguieron mirando retadores. Extrajo el belga su daga y casi cohibido, murmuró, al ver reírse a su amigo:

—Está bien, capitán Zarzales. Reconozco que soy un visionario,

pero más vale convencerse de los errores que lamentarlos. Es una estatua.

Los dos amigos fueron a reunirse con Diego Lucientes.

En el vestíbulo la estatua siguió inmóvil en su muerta materia. Era la viva imagen de Sat-Song, el teniente Oriente de los Montañeros.

Y desde el rellano superior seguía desparramándose la infinita tristeza de una melodía de violín que lloraba la primera pena de amor…

Título del próximo episodio:
«SEÑUELOS VIVOS”

Gráficas Bruguera - Proyecto, 2- Barcelona - Es propiedad. Reservados los derechos.


EDH

Notas

[1] Véase *“El Lince”, desorientado* < <

[2] Véase *“El Lince”, desorientado.* <<

[3] Véase *El Brujo del Mar.* < <

[4] Véase *“El Lince”, desorientado* <<

[5] Véase*El violinista aristócrata*< <